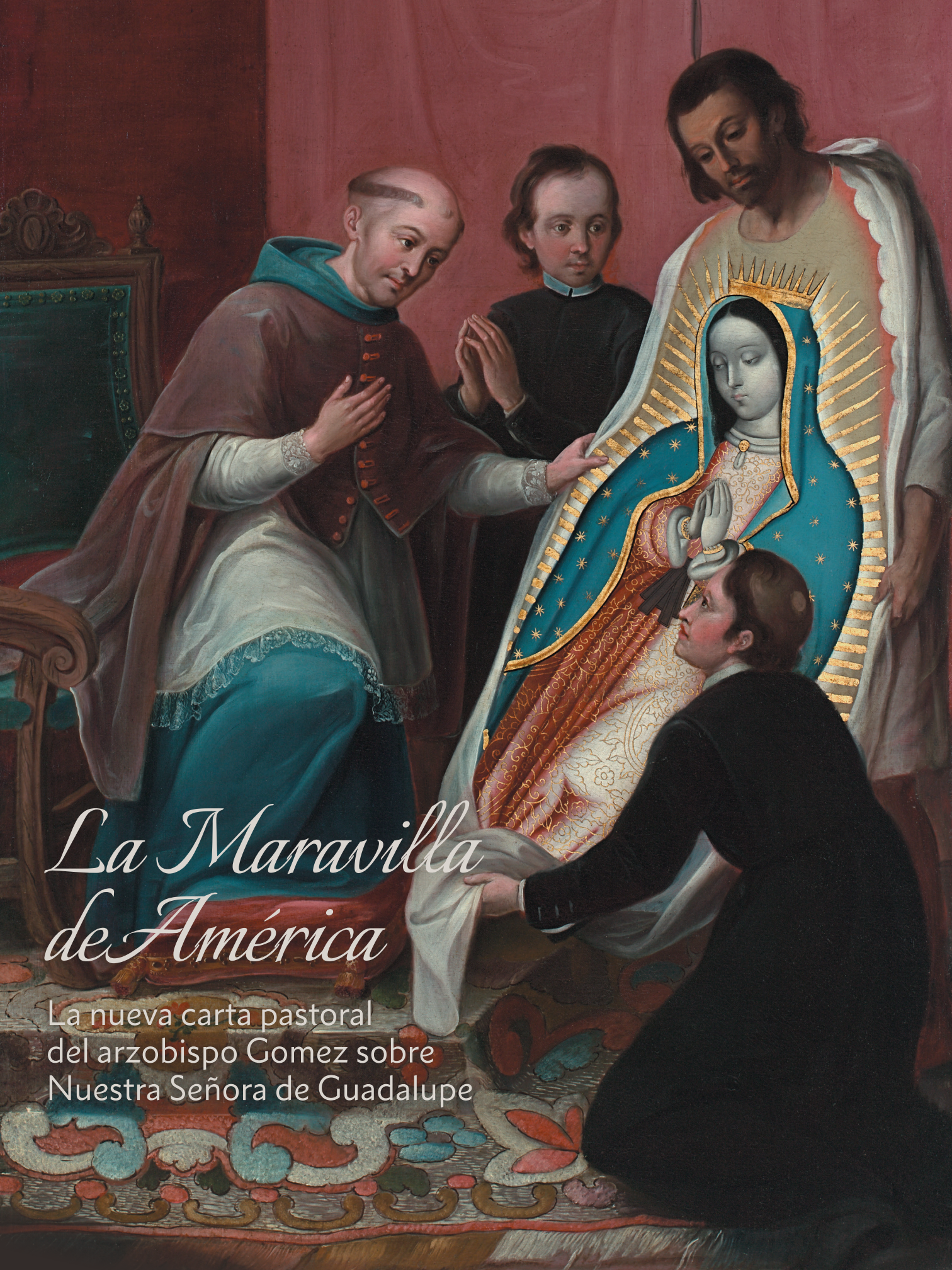


# *La Maravilla de América*

## La nueva carta pastoral del arzobispo Gomez sobre Nuestra Señora de Guadalupe



# La maravilla de América

Una carta pastoral para la familia de Dios que vive en Los Ángeles en preparación para el 500º aniversario de las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe

**MONSEÑOR JOSÉ H. GOMEZ**
**ARZOBISPO DE LOS ÁNGELES**

8 de septiembre de 2026
+Natividad de la Santísima Virgen María

**"INTITULO ESTA OBRA: MARAVILLA AMERICANA; PORQUE ESTA NUESTRA AMÉRICA FUE LA ESCOGIDA POR LA SOBERANA REINA PARA OSTENTAR LAS MARAVILLAS DE SU RETRATO."**

— Don Miguel Cabrera, *Maravilla americana y conjunto de raras maravillas observadas con la dirección de las reglas del arte de la pintura en la prodigiosa imagen de Nuestra Sra. de Guadalupe de México* (1756)

## Contenido

1 Ahí tienes a tu madre ..... 5
*A Jesús por María*
*Me llamarán dichosa todas las generaciones*
*La plenitud de los tiempos*
*Misiones, Señor, eso es lo que necesita este país*
*Aquí se narra*

2 El corazón mariano de América..... 11
*Todas las naciones en el plan de salvación*
*¿Acaso no son seres humanos?*
*A punto de perderse para siempre*

3 Se llamaba Juan Diego..... 19
*Anda y pon todo tu esfuerzo*
*Un drama eclesial*
*Él no me creó en vano*

4 Allí estaba la madre de Jesús..... 25
*Hermosa como la luna, radiante como el sol*
*El linaje de los hijos de Dios*
*Una sonrisa en los ojos de los demás santos*

5 Que todos la conozcan y la amen ..... 33
*¡Señora mía, que así sea!*
*¡Viva Cristo Rey y Nuestra Señora de Guadalupe!*
*El Pueblo de Nuestra Señora de los Ángeles*
*Una ciudad de santos*
*Que los pueblos de las Américas escuchen este santo clamor*
*Su tilma se convirtió en señal*
*Llevar la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe*
*Madre del Amor Hermoso*

*Oración por el 500º aniversario de las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe*

Notas y fuentes ..... 43


Flores apparuerunt in terra nostra
Non fecit taliter omni nationi
Dios qual Pintor soberano
gastar quiso lindas flores,
y á Maria con mil primores
copió, como de su mano:
Lienso ministró el Indiano
de tosco humilde sayal
en su capa, y sin igual
se vee con tanta hermosura,
que indica ser tal pintura
Obra sobre Natural.

# 1

# Ahí tienes a tu Madre

Mi momento favorito para visitar la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe es al final de una jornada laboral ordinaria. A esa hora, los peregrinos ya se han retirado y los fieles de la localidad han regresado a sus hogares para cenar. Es un momento en el que el silencio y la calma reinan; el sol se pone y la luz natural en el interior del santuario se vuelve más tenue.

En este momento del crepúsculo, y antes de que se cierren las puertas por la noche, me gusta sentarme en las primeras bancas, situándome frente a la imagen que se encuentra en lo alto de la pared, detrás del altar. Levanto, entonces, la vista hacia Nuestra Señora y ella me mira desde ahí.

Su rostro es de una dulzura juvenil. Los nativos que vieron por primera vez esta imagen la llamaron *La Morenita*. Sus ojos oscuros me atraen, y ella me mira con maternal ternura.

Cuando yo era niño, mis padres nos llevaban muchos veranos a mis hermanas y a mí en peregrinación a este lugar. Nos alojábamos con mis abuelos y todos íbamos juntos al santuario. Desde Monterrey — donde yo crecí— hasta este lugar de la Ciudad de México había que hacer un recorrido de seiscientas millas en coche.

Mis padres, como los suyos antes que ellos, querían que sus hijos conocieran y amaran a Jesús y a su Madre.

Ellos también querían que conociéramos la historia de la aparición de Nuestra Señora en este lugar: querían que supiéramos acerca de aquellos tres días de diciembre de 1531 en los que ella se apareció a un nativo converso llamado Juan Diego en el cerro del Tepeyac, confiándole un mensaje para su obispo. Querían que supiéramos cómo ella dejó esta imagen milagrosa de sí misma —un autorretrato que ella "pintó" con sus propias manos en la tilma de Juan Diego, utilizando flores exóticas que no suelen florecer en esa época del año—, y cómo, casi quinientos años después, esta imagen que nos regaló sigue presidiendo ese lugar, desde atrás del altar.

La historia de la Virgen de Guadalupe me ha acompañado desde que tengo uso de razón y, de algún modo, siempre sentí que yo formaba parte de ella. Las palabras de Nuestra Señora a Juan Diego también apelaban a mi propia vida: "Escucha, hijo mío... ¿a dónde vas?". Comprendí que, así como Juan Diego, yo también tenía un propósito dentro de los planes de Dios. Yo había nacido para cumplir una misión, y Nuestra Señora me ayudaría a descubrirla y a llevarla a cabo.

Y después de todos estos años, me doy cuenta de que Nuestra Señora de Guadalupe me ha acompañado en cada paso de mi camino, guiándome y acercándome a su Hijo.

## A JESÚS POR MARÍA

Yo crecí amando a Nuestra Señora de Guadalupe, no hubo nada forzado en ello; la devoción hacia ella surgió en mí de manera natural, supongo que la aprendí observando a mis padres. No era algo de lo que habláramos demasiado; era sencillamente, nuestra manera de vivir.

Nuestros vecinos vivían del mismo modo, todos teníamos la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe en nuestros hogares y, al salir, ella parecía acompañarnos. Los comerciantes tenían una imagen de Nuestra Señora en sus paredes y escaparates y esta imagen estaba también presente en los escritorios de las oficinas. Los choferes de autobuses y de taxis llevaban colgada su imagen en el espejo retrovisor.

Recuerdo que, el 12 de diciembre, mi padre peregrinaba junto con otros hombres del pueblo al santuario local de Monterrey, para la fiesta de ella. Los miembros de cada empresa y de cada fábrica caminaban en largas procesiones para demostrar su amor a Nuestra Señora.

Años más tarde, cuando empecé a estudiar los Evangelios, me enteré de que Jesús quería que todos tuviéramos a María como madre nuestra y que la amáramos como Él la ama.

María fue el último regalo que Jesús nos dejó, y la devoción hacia ella fue su último mandato. Estando en la cruz, Él le dijo: "Mujer, ahí está tu hijo", y luego, dirigiéndose a su discípulo amado, que estaba de pie junto a ella, le dijo: "Ahí está tu madre".

El Evangelio nos dice que San Juan acogió a Nuestra Señora en su casa desde entonces. Los santos nos enseñan que nosotros también somos discípulos amados por lo que debemos, de igual manera, acoger a María en nuestros hogares y en nuestros corazones y considerarla como nuestra madre.

Jesús quiso que su madre fuera el camino que hemos de recorrer para llegar a Él. A *Jesús por María*. Es la sabiduría que los santos alcanzaron tras un arduo camino. Yo crecí

sabiendo esto, no como una enseñanza o una doctrina sino porque era, sencillamente, nuestra manera de vivir.



## ME LLAMARÁN DICHOSA TODAS LAS GENERACIONES

María es el misterio que se encuentra en el centro de la vida de Cristo. Ella misma había predicho "me llamarán dichosa todas las generaciones". Y en toda generación ha habido artistas que han buscado plasmar algo de la belleza de esta mujer misteriosa a quien Dios eligió para que fuera la madre de su Hijo único.

La primera pintura que se conserva de ella proviene de las catacumbas de Priscila, en Roma. Ese fresco, que se cree que fue pintado en la década de 230, muestra a María sentada con el Niño Jesús en su regazo. Ligeramente atrás de ella aparece un hombre —tal vez el profeta Isaías o el vidente Balaam— apuntando a una estrella del cielo.

En esa misma catacumba se encuentra lo que podría ser la primera escultura de María, tallada en la tumba de una mujer llamada Severa. Se representa allí la escena evangélica de los Magos, llevando sus regalos al recién nacido rey de los judíos. María aparece sentada en una silla alta sosteniendo, nuevamente, al Niño en sus brazos.

La vida de María ha inspirado algunas de las obras de arte más grandiosas jamás creadas, y estas obras han llegado a definir cómo la "vemos" y cómo pensamos de ella. En Europa, pensemos en la *Inmaculada Concepción*, de Murillo, en la *Anunciación*, del beato Fra Angélico y en la *Piedad*, de Miguel Ángel. Pensemos en la *Asunción*, de Tiziano, en la *Madonna Sixtina*, de Rafael y en la *Virgen de Loreto*, de Caravaggio.

En el continente americano, pensemos en las impresionantes imágenes de la Virgen de la Escuela cuzqueña, en Perú, y en el gran arte mariano de los pintores de la Nueva España, de figuras como Miguel Cabrera y José de Ibarra. Mi favorito es, quizás, Cristóbal de Villalpando, cuya trascendental *Mujer del Apocalipsis* se encuentra en la sacristía de la Catedral de la Ciudad de México. En Estados Unidos, pensemos en *La Anunciación* de Henry Ossawa Tanner y en *la Piedad*, de Ivan Meštrović, que se encuentra en la basílica de la Universidad de Notre Dame.

La tradición nos dice que san Lucas fue el primero en pintar la imagen de nuestra Santísima Madre. Existen docenas de pinturas y esculturas que se atribuyen a la mano de san Lucas, y que se encuentran distribuidas por iglesias y santuarios de todo el mundo.

Al contemplar a María, nuestros artistas más destacados han creado algunas de las obras de arte más grandiosas de la historia de la civilización occidental. Pero, en mi opinión, ninguna se compara con Nuestra Señora de Guadalupe. La imagen "pintada" en el manto de Juan Diego —llamado *tilma*— es, para mí, la más hermosa. Ésa sigue siendo la única imagen de María que no fue creada por manos humanas.

La tilma está hecha de una tela rústica y perecedera, tejida con fibras de agave. A todas luces, debería de haberse deteriorado hace mucho tiempo, especialmente a causa del aire salino proveniente del lago de la Ciudad de México, cerca del cual se encuentra expuesta. Sin embargo, la tilma ha sido estudiada durante años por artistas y científicos de diversas disciplinas y nadie ha podido explicar aún cómo fue creada la imagen sobre la tela ni cómo la tilma misma se ha logrado conservar.

La Iglesia enfoca los relatos de apariciones con apertura y discernimiento, invitándonos a contemplar tales misterios sin exigirnos que los aceptemos como milagros. Los católicos tienen libertad de creer que la imagen de la tilma es milagrosa, al igual que son libres de creer que la Santísima Madre se apareció a Juan Diego en ese lugar en el año 1531; pero sin embargo, ninguna de estas creencias constituye un artículo de fe.

A lo largo de los siglos, la Iglesia ha reconocido y fomentado las devociones asociadas a Nuestra Señora de Guadalupe, al igual que a otras apariciones marianas. Entre las más conocidas están las que se relacionan con Santa Catalina Labouré en París en el año 1830; con Santa Bernadette Soubirous en Lourdes (Francia) en 1858; con los niños de Fátima (Portugal) en 1917, y las apariciones a la Sierva de Dios a Adele Brise en Champion (Wisconsin) en 1859, que es la única aparición mariana aprobada en Estados Unidos.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* llama a estas apariciones "revelaciones privadas". Son apariciones que no añaden nada a lo que Dios nos ha revelado en Jesucristo; y, sobre las cuales la Iglesia enseña que pueden ayudarnos a vivir el Evangelio "con mayor plenitud" en un "período determinado de la historia".

Yo creo que las apariciones de Guadalupe ocurrieron ver-

daderamente, que fueron un acontecimiento histórico real. Cuando veo a mi madre, cuando pienso en el amor que me tiene, veo a Nuestra Señora de Guadalupe, veo su rostro. Y en su tierna mirada, me reconozco como hijo de Dios y sé, con certeza, que ella es mi madre.

## LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS

Al acercarse el 495º aniversario de su aparición, mis pensamientos se enfocan nuevamente en el misterioso plan de salvación de Dios. En ese plan que nos habla de cómo, cuando llegó la plenitud de los tiempos, él envió a su Hijo único a nuestro mundo para que naciera de una mujer.

Jesús vino a salvarnos del pecado y de la muerte y para darnos a conocer el maravilloso plan que Dios tiene para nuestra vida. Él fue enviado para ser el primogénito de muchos hermanos y hermanas, la imagen perfecta del hijo de Dios que todos estamos llamados a ser a través de nuestra fe en Él. En palabras del *Catecismo*: "La vocación de la humanidad es manifestar la imagen de Dios y ser transformada a imagen del Hijo Único del Padre.".

Jesús le dio a su Iglesia el mandato de predicar esta buena nueva a toda la creación y de reunir a hombres y mujeres de toda nación, raza, tribu y cultura en una sola familia, la Iglesia, en la cual estamos llamados a vivir en el amor, como hermanos y hermanas, como hijos e hijas del Dios, llamándolo a Él, Padre, como Jesús nos lo enseñó.

Desde los tiempos en que María y los apóstoles oraban en Jerusalén, en el Cenáculo, para que el Espíritu descendiera en Pentecostés, la Iglesia salió a difundir el Evangelio por el Imperio romano y a través de las naciones que hay en Europa, África y Asia.

Y cuando a principios del siglo XVI, tuvieron lugar las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe, la misión de la Iglesia llegó al continente americano. Unas cuantas décadas después de estas apariciones, los misioneros partían desde México para evangelizar América Latina y América del Norte, al igual que el Caribe, Filipinas y varios países de Asia y de Oceanía.

Ustedes y yo somos *guadalupanos*, somos hijos espirituales de María de Guadalupe. Esto se cumple en todos los que han nacido en el continente americano. Nosotros le debemos nuestra fe cristiana a aquella primera generación de misioneros que siguieron las apariciones de Nuestra Señora. La Iglesia de Los Ángeles y la Iglesia católica de Estados Unidos nacieron de esa misión. Todos vivimos en ese mundo nuevo que Santa María de Guadalupe vino a traer: el Mundo Nuevo de la Fe.

Me parece que el acontecimiento de Guadalupe es uno de los grandes puntos de inflexión de la historia de Occidente. Es el verdadero origen de la historia de Estados Unidos y de las naciones del continente americano. En el acontecimiento de Guadalupe está la clave para comprender los designios originales de Dios para estos continentes. Y, quinientos años más tarde, guarda también la clave para discernir la continuidad de la misión que la Iglesia tiene en estas tierras.

## MISIONES, SEÑOR, ESO ES LO QUE ESTE PAÍS NECESITA

Les estoy escribiendo esta carta pastoral porque considero que los próximos cinco años —a medida que nos vamos acercando al 500º aniversario de las apariciones de Nuestra Señora— serán un tiempo de muchas gracias y oportunidades espirituales. Con esta carta espero que podamos prepararnos para recibir los dones del Señor durante este Jubileo Guadalupano, para que podamos profundizar nuestra apreciación del milagro de Guadalupe y darnos cuenta de lo que este milagro significa para nuestras vidas, para nuestra vocación como discípulos y para la misión continuada de la Iglesia.

En Los Ángeles, podemos remontarnos a nuestras raíces espirituales hasta llegar a estas apariciones, difundidas a través del heroico misionero franciscano San Junípero Serra, que fundó la Misión de San Gabriel Arcángel en 1771 y la Misión Basílica de San Buenaventura en 1782, sembrando así las semillas de la fe cristiana en el sur de California.

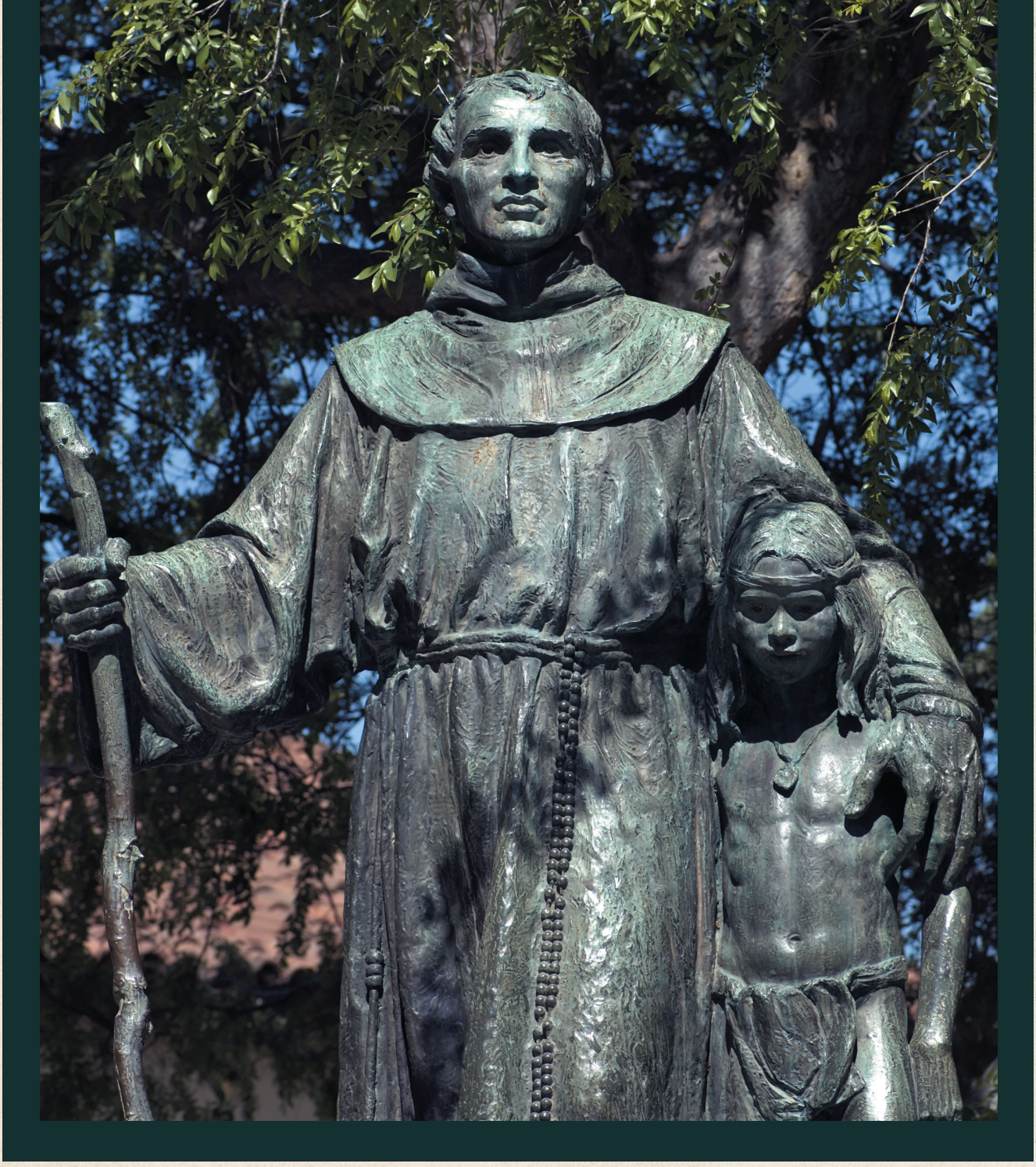
San Junípero colocó toda su labor apostólica bajo la protección de Nuestra Señora de Guadalupe.

Junípero Serra dejó su Mallorca natal en 1749, a los treinta y cinco años de edad, para llegar a convertirse en un misionero para el Nuevo Mundo. Unos meses más tarde, se embarcó en Cádiz, con rumbo de la Nueva España, a bordo de un barco llamado *Nuestra Señora de Guadalupe*. Llegó a Veracruz cien días más tarde e inmediatamente emprendió a pie el viaje de trescientas millas hasta el santuario de Nuestra Señora, en la Ciudad de México. Pasó ahí la noche en oración y por la mañana celebró la Eucaristía, consagrándole a la Virgen del Tepeyac tanto su propia persona, como su misión continental.

*Comprendí que, así como Juan Diego, yo también tenía un propósito dentro de los planes de Dios.*

Se aseguró de que la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe estuviera expuesta en un lugar destacado en cada una de las veintiún misiones establecidas en California, para que todos los que entraran supieran que eran amados por la Madre del verdadero Dios viviente.

Todos nos alegramos cuando el Papa Francisco canonizó a Fray Junípero en 2015, convirtiéndolo en el primer santo hispano de los Estados Unidos, a la vez que en el primer santo estadounidense canonizado en tierras norteamericanas. Yo tuve el honor de concelebrar con el Papa en esa Misa de



canonización, la cual tuvo lugar en Washington D.C.

El Papa Francisco consideraba que San Junípero debía ser reconocido como "uno de los padres fundadores de Estados Unidos", y yo comparto esa opinión.

Mucho antes de que este país tuviera una constitución, San Junípero y las generaciones de misioneros que lo precedieron ya enseñaban las verdades que los fundadores de Estados Unidos consideraban como evidentes por sí mismas, y entregaban su vida en defensa de ellas: que ésta es una nación bajo la protección de Dios y que todos, hombres y mujeres, han sido creados en igualdad, con derecho a la vida y a la libertad que Dios les otorga.

Debido a la providencia divina, la memoria litúrgica de San Junípero se celebra el 1 de julio, tres días antes del 4 de julio, fecha en que nuestra nación conmemora su Declaración de Independencia. Creo que sería muy hermoso si algún día los católicos y todos los estadounidenses llegaran a celebrar todos juntos, estos acontecimientos, recordando que San Junípero y los misioneros son también verdaderos fundadores de esta gran nación, y que la identidad y el propósito de Estados Unidos sólo pueden comprenderse plenamente a la luz del plan de Dios para la historia de la salvación.

San Junípero soñaba con crear lo que él llamaba "una cadena de misiones" a lo largo de la costa occidental de este

gran continente americano. En una de sus cartas, declaró: "Misiones, Señor, eso es lo que este país necesita".

Y eso es precisamente lo que este país sigue necesitando ahora: una nueva misión para anunciar a Jesús a la gente de nuestro tiempo. Una nueva misión que colocamos a los pies de Nuestra Señora de Guadalupe.

## AQUÍ SE NARRA

Con esta carta pastoral espero ofrecer mi propia y humilde contribución a nuestra reflexión sobre esta nueva misión para Estados Unidos.

Llevo leyendo el Nican Mopohua ("Aquí se narra"), es decir, el relato de las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe, durante al menos medio siglo. He llegado a considerar estas apariciones como una revelación para las Américas, y el Nican Mopohua como una escritura americana; no inspirada divinamente del mismo modo que la Biblia, pero sí entregada por Dios; como un don que nos sigue revelando sus tesoros quinientos años más tarde.

Este texto fue escrito en 1548, un tiempo antes de la muerte de Juan Diego, y se basa, tanto en el testimonio de él, como en el de su tío —que también vio a la Virgen y habló con ella— al igual que en el testimonio del obispo que recibió la imagen milagrosa. Estas tradiciones orales fueron consignadas por escrito en lengua nahuatl, por Antonio Valeriano, un erudito indígena que colaboró con aquel misionero e historiador pionero que fue fray Bernardino de Sahagún. De hecho, la copia más antigua que se conserva de este texto se encuentra en este país, entre las colecciones de la Biblioteca Pública de Nueva York.

El Nican Mopohua es un relato de aventuras, es la historia de un hombre que recibe un proyecto y emprende una misión. Podemos leerlo casi como si fuera un cuento medieval de caballeros y de caballería, puesto que Juan Diego lleva a cabo la misión que le encomendó Nuestra Señora. Pero es también el texto fundacional del catolicismo del continente americano. Es una obra cristiana maravillosamente "inculturada", escrita en la lengua de uno de los pueblos originarios de las Américas, y un reflejo de sus tradiciones, costumbres y creencias.

Sus páginas están llenas de poesía y ofrecen una rica fuente de reflexión teológica y espiritual sobre María y sobre Jesús, sobre la Iglesia y su misión, y sobre sus obispos y sacerdotes. El texto habla del misterio y de la vocación de la persona humana, de las glorias de la creación y del dominio que Dios tiene sobre las naciones, y destaca la importancia de la familia, abordando también temas como el sufrimiento, la muerte y el cielo.

Espero que mi carta impulse un nuevo estudio del Nican Mopohua. Este relato se encuentra entre los testimonios más antiguos de la relación de Dios con los pueblos del continente americano. A mi modo de ver, es algo que debería inspirar nuestra labor evangelizadora y nuestra búsqueda de una teología y una comprensión de la fe propiamente americanas, arraigadas en ese encuentro entre el Viejo y el Nuevo Mundo que encontramos en el Nican Mopohua.

En las siguientes páginas, deseo ir leyendo sencillamente con ustedes el Nican Mopohua. Empezaremos examinando el contexto histórico de las apariciones de Nuestra Señora, es decir, la compleja y conflictiva historia de la misión de la Iglesia en el Nuevo Mundo. Nos centraremos luego en la figura de Juan Diego, en el drama de su vocación y en la misión que Nuestra Señora le encomendó. Analizaremos después, detenidamente, el misterio de la sagrada imagen que Nuestra Señora dejó plasmada en su tilma, la cual considero un ícono americano. Por último, deseo sugerir lo que este texto puede significar —quinientos años después— tanto para nuestras vidas y vocaciones, como para la misión de la Iglesia.

Tengo la intención de leer el Nican Mopohua, tanto desde una perspectiva histórica como espiritual, buscando leerlo como unas escrituras americanas. Y no puedo escribir sobre Nuestra Señora de Guadalupe sin hacerlo de una manera personal, desde mi corazón y desde todos los recuerdos que conservo de sus bondades para conmigo. Espero que también ustedes lean estas páginas de manera personal, reflexionando acerca de la amorosa bondad de Nuestra Señora en sus propias vidas. Lean este texto como una serie de reflexiones breves y en espíritu de oración. Le ruego a Nuestra Señora que conmueva sus corazones mientras lo leen y que renueve su celo por continuar esa misión que ella les da, de llevar a Jesús al Nuevo Mundo.





2

# El corazón mariano de América

En aquella mañana de diciembre en la que Juan Diego se encontró con Nuestra Señora en la cima del cerro del Tepeyac, sus vestiduras resplandecían como el sol y había ondas de luz que parecían vibrar a su alrededor.

"La tierra como que relumbraba con los resplandores del arco iris en la niebla", leemos en el *Nican Mopohua*. El sol despuntaba y toda la creación parecía cobrar vida; el aire se llenaba del canto de varios pájaros preciosos; el risco, flechado por resplandores. Los mezquites, nopales y otras diferentes hierbecillas que allí se suelen dar, parecían de esmeralda; su follaje, finas turquesas; y sus ramas y espinas brillaban como el oro; como turquesa aparecía su follaje.

María llega a México trayendo un nuevo Edén. Viene como la Madre del Nuevo Mundo para anunciar el nacimiento de Jesús en las recién descubiertas tierras de América.

"Sabe, ten la certeza", le dice a Juan Diego en aquel primer encuentro, "que yo soy la perfecta siempre Virgen Santa María, Madre del verdaderísimo Dios por quien se vive, de el Creador de las personas, del Dueño de la cercanía y de la inmediación, el dueño del Cielo, el dueño de la Tierra".

Ella no acude únicamente con el pueblo mexicano, sino para todos los pueblos del continente americano y del mundo: "yo soy vuestra piadosa madre; y vengo a ti, a todos vosotros juntos los moradores de esta tierra y a los demás amadores míos que me invoquen y en mí confíen", dice.

La aparición de Guadalupe ocurrió apenas cuarenta y nueve años después de que Cristóbal Colón plantara la cruz de Jesucristo en la isla de Santo Domingo, abriendo la puerta de la fe para que el Evangelio llegara a las tierras y pueblos del continente americano.

Era ésa una época de exploración y prevalecía un gran entusiasmo misionero en Europa. Los descubrimientos de Colón y de otros despertaban la imaginación popular y la gente estaba fascinada con las descripciones de este nuevo continente y de sus habitantes que describían, con detalle, los exploradores y misioneros.

Colón era un hombre de fe que creía que Dios estaba guiando sus viajes, y que lo estaba utilizando como "mensajero de ese cielo nuevo y de esa tierra nueva". Él estaba convencido de que, a través de sus descubrimientos, Dios estaba preparando el camino para que la Iglesia pudiera llegar a los últimos pueblos de la tierra que no habían aún escuchado el Evangelio.

Colón no era el único que veía estas tierras como la frontera final de la misión salvadora universal de la Iglesia. En los círculos católicos europeos del siglo XVI existía un ambiente utópico y milenarista, influido por los escritos del místico franciscano Joaquín de Fiore, que había profetizado la llegada de una era final del Espíritu Santo.

Muchos miembros de la Iglesia estaban convencidos de que estas nuevas tierras —desde el extremo norte de lo que hoy es Canadá, hasta el extremo sur de lo que actualmente es Argentina— eran el *mundus novus*, el "nuevo mundo" que Jesús prometió que llegaría al final de los tiempos. Los primeros misioneros que llegaron al continente americano —dominicos, franciscanos, jesuitas, agustinos y mercedarios— creían, todos, que una vez que se evangelizaran estas tierras, Jesús volvería para reinar eternamente sobre el cielo y sobre la tierra.

Hubo un gran despliegue de fervor místico en torno al continente americano. Una mística franciscana española, la venerable María de Ágreda, relató haber sido transportada en espíritu más de quinientas veces a lo que hoy son Nuevo México, Arizona y el oeste de Texas. Y los nativos de esas regiones testificaron más adelante ante los misioneros que habían recibido la visita de una "dama, vestida de azul" que les habló acerca de Jesús. Ellos decían que ella hablaba en español, pero que ellos la entendían en su propia lengua materna.

Santa Teresa de Ávila y sus hermanas carmelitas mostraron un interés apasionado por el proyecto misionero. Teresa lloraba por "todos esos millones de almas que se perdían [en el continente americano] por falta de instrucción cristiana". Y añadía: "Sentía gran envidia de aquellos que, por amor a nuestro Señor, podían comprometerse a ganar almas".

En 1524, es decir, siete años antes de las apariciones de Nuestra Señora, el ministro general de los franciscanos, Fray Francisco de los Ángeles, envió a doce apóstoles a México. Los instruyó diciéndoles que serían los últimos en predicar el Evangelio antes del final de los tiempos: "Los días del mundo están llegando ya a su hora undécima", les dijo.

## TODAS LAS NACIONES EN EL PLAN DE SALVACIÓN

Penetrar en el misterio del acontecimiento de Guadalupe es adentrarse en la historia de los primeros pueblos de las Américas y en el misterio más profundo del plan de salvación de Dios para toda la humanidad, es decir, en ese designio secreto que Dios ha mantenido oculto desde siglos y generaciones, como lo llamó San Pablo.

En nuestra época secular, incluso muchos de los que pertenecemos a la Iglesia tendemos a pensar que la historia es tan sólo un asunto humano, y que los acontecimientos de nuestras vidas y las circunstancias del mundo tienen únicamente causas materiales, ya sea políticas, económicas, sociales o culturales.

Pero Jesucristo sigue siendo el Señor de la historia. En su providencia, Dios Padre continúa llevando a cabo sus planes por medio de la acción del Espíritu Santo. La misión que Jesús le confió a la Iglesia fue una misión *ad gentes*, es decir, una misión dirigida a todas las naciones, que perdurará hasta el final de los tiempos, cuando Él vuelva.

El acontecimiento de Guadalupe nos recuerda que las naciones del continente americano tuvieron su origen en las misiones cristianas, que brotaron del corazón de Jesús y de su mandato original a la Iglesia: ir por el mundo, proclamar el Evangelio a toda criatura y hacer discípulos en todas las naciones, hasta los confines del mundo.

San Juan Pablo II escribió en su último libro: "La historia de todas las naciones está llamada a ocupar su lugar en la historia de la salvación".

Juan Pablo nos enseñó la importancia de volver a tener en cuenta esa realidad que nos habla de que toda la historia humana es historia de la salvación, de que el Dios que nos creó sigue actuando en la creación; de que nuestras vidas, y la vida de las naciones, siguen desarrollándose conforme a sus propósitos de amor.

Considero que es algo crucial recuperar esta conciencia histórico-divina en la Iglesia de hoy. Claro que esto no es fácil, especialmente en nuestros tiempos, que están dominados por el pensamiento secular y por una perspectiva científica que no le da su lugar a Dios. Pero necesitamos esta perspectiva divina, arraigada en la fe; nuestra misión depende de ello. Jesús nos llama a "interpretar los signos de los tiempos", a ver la realidad y la historia a la luz del Evangelio y del plan de Dios.

Juan Pablo fue el primer papa que peregrinó al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe; de hecho, él se propuso celebrar la Eucaristía allí como parte de su primer viaje apostólico fuera de Roma. Dijo que quería empezar sus recorridos de peregrino poniéndose "a los pies de Nuestra Señora de Guadalupe".

Su propia espiritualidad fue moldeada por su devoción a la milagrosa imagen de la Madonna Negra de Czestochowa, de su Polonia natal así que, a nivel personal, el Papa pudo comprender el gran amor que el pueblo mexicano siente por Nuestra Señora.

Cuando él realizó su visita a México el 27 de enero de 1979, yo era un joven sacerdote y cursaba en España mi doctorado en teología. Aún recuerdo las imágenes de aquel día, imágenes que dieron la vuelta al mundo.

Millones de personas se congregaron a lo largo del camino hacia la basílica —familias y niños pequeños, muchos de ellos llorando de alegría— mientras el Papa de pie en la parte delantera de un automóvil blanco y abierto, avanzaba lentamente, sonriendo y bendiciendo a todos a su paso. Más tarde escribiría que aquel primer día que vivió en el Tepeyac, en el año 1979 "inspiró y marcó todos los años posteriores de mi pontificado".

Juan Pablo describió la basílica del Tepeyac como "el corazón mariano de América" y habló con frecuencia acerca de la necesidad de una "nueva evangelización en suelo americano". Fue también el primer Papa en reconocer los enormes sufrimientos padecidos por los pueblos indígenas durante los inicios de aquella labor misionera que hubo en el Nuevo Mundo.

"Es necesario reconocer con sinceridad los abusos cometidos debido a la falta de amor por parte de aquellas personas que no supieron ver a los nativos como hermanos, como hijos del mismo Padre", afirmó en un mensaje dirigido a los indígenas de Santo Domingo con motivo del quinto centenario de la llegada de Colón.

En muchas ocasiones, tanto en Estados Unidos y Canadá como en América Latina, Juan Pablo pidió perdón en nombre de la Iglesia por el "pecado de sus hijos", pidiendo perdón en nombre de los antepasados de estos nobles pueblos y exhortando a un nuevo comienzo, a "aprender de los errores del pasado y ... trabajar juntos por la reconciliación y la sanación, como hermanos y hermanas en Cristo".

## ¿ACASO NO SON SERES HUMANOS?

Tuve el honor de ser nombrado obispo y, posteriormente, arzobispo por el Papa Juan Pablo II. Su amor a María y sus enseñanzas acerca de la historia, de la santidad y de la evangelización siguen ejerciendo influencia sobre mi ministerio. Y creo que todos los que formamos parte de la Iglesia debemos seguir aprendiendo del amor que el Santo Padre les tenía a nuestros hermanos y hermanas indígenas, así como de su empatía con respecto a la sanación de la memoria y la búsqueda de la reconciliación histórica.

La noción de Juan Pablo sobre la historia como historia de la salvación nos ayuda al intentar interpretar el significado de la venida de la Madre de Dios al Tepeyac en 1531. Podemos percibir las tensiones existentes en aquel tiempo desde las primeras líneas del *Nican Mopohua*:

Diez años después de la conquista de las aguas, montañas y de la ciudad de México, cuando se abandonaron las flechas y los escudos, cuando hubo paz en todos sus poblados, sus aguas y sus montañas, así como brotó, la fe reverdece ahora y despliega su corola el conocimiento del Dador de la vida, del Dios verdadero.

Estas líneas captan las crueles contradicciones y mezcladas motivaciones que hubo durante aquel primer encuentro entre los españoles y los pueblos del Nuevo Mundo: la lucha entre la "conquista" y la "fe", entre las ambiciones




terrenales de los colonizadores españoles, que llegaron en busca de plata, oro, poder y gloria, y de los misioneros, que vinieron a proclamar el amor y la salvación de Jesús.

Es bien sabido y está ampliamente documentado el hecho de que la conquista española fue catastrófica para los pueblos originarios de México, para La Española y para otras partes del continente. Aunque estas tribus eran desconocidas para los europeos, Dios las conocía de antaño. Eran pueblos orgullosos de sí mismos, cuyas historias se remontaban a miles de años atrás, con sus propias lenguas, culturas, costumbres, conceptos y tradiciones religiosas.

Movidos por la codicia y por la falsa leyenda de El Dorado, los españoles esclavizaron a estos pueblos, tratándolos como animales, como bestias de carga; dividieron a sus familias, cometieron crímenes atroces contra sus mujeres y destruyeron sin piedad su manera de vivir.

Desde los inicios de su labor en las Américas, los misioneros condenaron los abusos de los colonizadores y defendieron la dignidad y humanidad de los nativos. En una homilía pronunciada en Santo Domingo el domingo anterior a la Navidad de 1511, el fraile dominico Antonio de Montesinos interpeló la conciencia de los dirigentes de la colonia con una serie de preguntas incisivas. Estas palabras se citan con frecuencia en la historia del continente americano, pero vale la pena leerlas con detenimiento para apreciar la gravedad de los abusos coloniales y el carácter profético de la fe de los misioneros:

¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, y con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin darles de comer ni curarlos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir los matáis, por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué

cuidado tenéis de quien los doctrine y conozcan a su Dios y creador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? ¿Éstos, no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos?

El amor fue lo que impulsó a los primeros misioneros a este continente. Sólo el amor puede explicar su compromiso y los sacrificios que hicieron. Ellos tenían la interna convicción de que el Evangelio era verdad y de que Jesucristo era la salvación de toda alma. Por amor a Jesús y por amor a las almas, ellos lo dejaron todo y viajaron al otro extremo del mundo, sabiendo que tal vez nunca volverían a ver a sus familias. Vinieron con un solo propósito, el de llevar a Jesús a gente que jamás había escuchado su nombre, a personas que ni siquiera conocían.

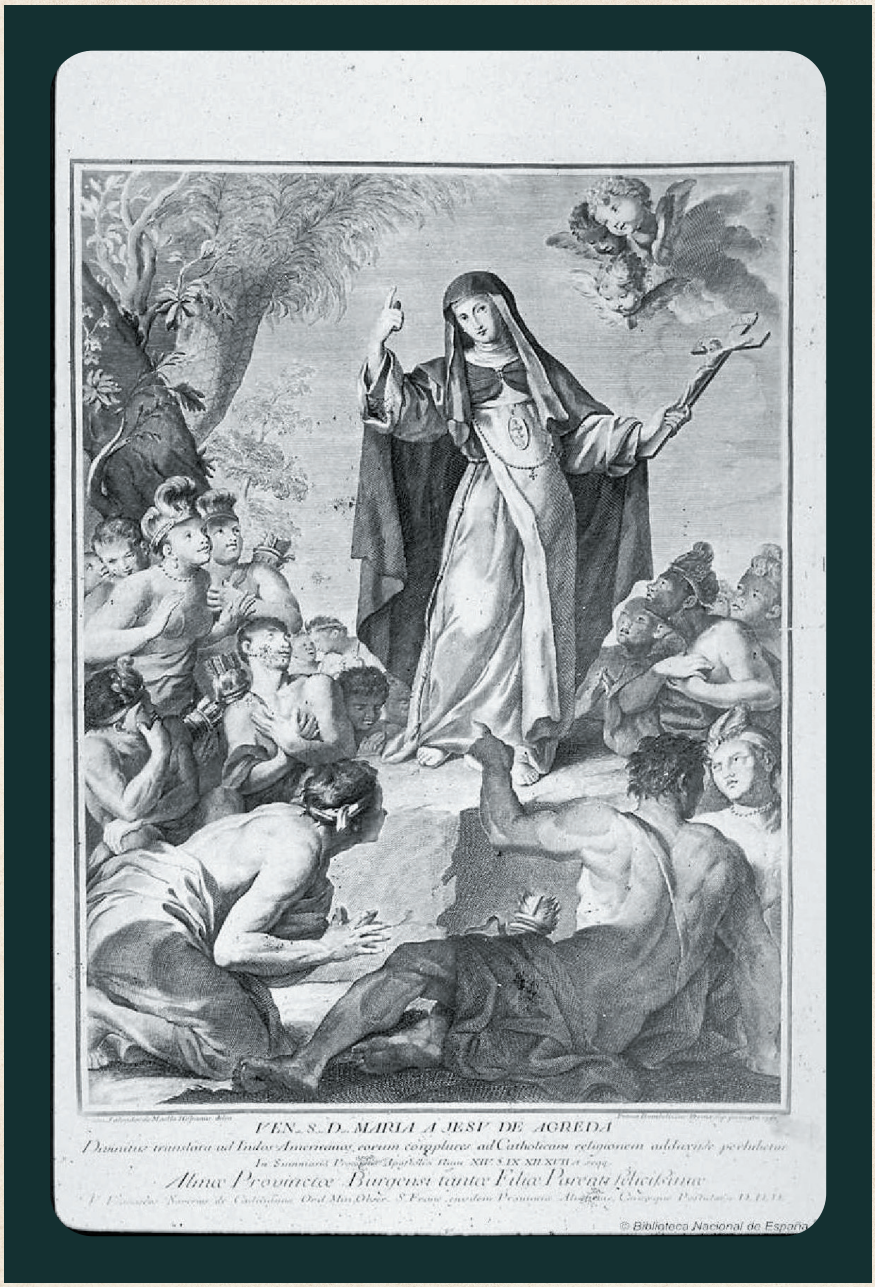
Estos primeros misioneros aprendieron las lenguas y costumbres locales; vivieron, trabajaron y ofrecieron sus servicios en cercanía a la gente; buscaron modos de explicar e "inculturar" el Evangelio a través de la música, el baile, el teatro y el arte. Les enseñaron a los pueblos nativos la agricultura, la industria y la educación. Padecieron penalidades, fueron atacados e insultados, e incluso en ocasiones también torturados y asesinados. Y todo lo hicieron por amor a Jesús y por difundir su Evangelio.

No podemos juzgar con justicia las acciones del pasado con los valores y las suposiciones del presente, y aunque es cierto que los misioneros cometieron errores; hubo también trágicos malentendidos, puntos ciegos culturales y actitudes desafortunadas. Pero esos fallos no definen la primera evangelización de las Américas, ni nos dicen qué fue lo más profundo y perdurable de esa historia. Todo lo contrario. El amor de Dios es más fuerte que el pecado, y donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia.

A través de su predicación y de su testimonio personal, estos misioneros sembraron la semilla del Evangelio y ayudaron a que el reino de Dios creciera y floreciera en todo el continente americano. En México, gente que había ofrecido sacrificios humanos a sus dioses durante siglos llegó a conocer al Dios vivo y verdadero, al Dios de amor, de vida y de paz.

Y actualmente deberíamos honrar a aquellos primeros misioneros por su santidad y su heroísmo, por su valentía y su creatividad, que fueron puestos al servicio del Evangelio. Deberíamos estudiar los sistemas que utilizaron y aprender de su ejemplo para aplicarlos en nuestro empeño por difundir el Evangelio en la cultura, a menudo hostil, de nuestro propio tiempo y lugar.

La defensa que los misioneros hicieron de los pueblos indígenas contribuyó a sentar las bases del derecho internacional moderno y de nuestra creencia en los derechos humanos universales. Deberíamos estudiar esta historia en nuestras escuelas y universidades católicas. Lamentablemente, el período misionero sigue siendo un capítulo en gran parte desconocido —y con demasiada frecuencia,





también, distorsionado— dentro de la historia de la doctrina social católica.

Pero le pido a Dios que este 500º aniversario marque un nuevo inicio y renueve nuestro deseo de volver a las fuentes y de aprender de los testigos de aquella primera generación, de dominicos como Pedro de Córdoba, Antonio de Montesinos y Bartolomé de Las Casas; de obispos como Vasco de Quiroga y Santo Toribio de Mogrovejo; de evangelizadores pioneros como Ramón Pané; y de franciscanos como Luis de Fuensalida y Pedro de Gante.

## A PUNTO DE PERDERSE PARA SIEMPRE

Entre la larga lista de héroes de la primera evangelización debemos incluir al Obispo Juan de Zumárraga, ese obispo franciscano que fue protagonista del drama de Guadalupe.

Él fue conocido por su santidad y por su amor a los pobres. Fray Juan de Zumárraga fue elegido por el emperador Carlos V como obispo de la Ciudad de México y el emperador le encomendó también solemnes responsabilidades legales como "Protector y Defensor de los Indios".

Fray Juan de Zumárraga se tomó estas responsabilidades muy seriamente. Él era un humanista que había estudiado la filosofía de Santo Tomás Moro y de Erasmo de Rotterdam y creía firmemente en la dignidad inherente a los pueblos indígenas como hijos de Dios.

En México se encontró con las peores condiciones imaginables. Los historiadores describen la situación como un reinado de terror impuesto por una autoridad local notable y brutal conocida como la *Audiencia*. Los indígenas eran esclavizados, bajo amenaza de muerte, para que trabajaran para la nobleza española y los misioneros que se oponían a esto eran maltratados en sus iglesias, y algunos de ellos eran torturados de maneras atroces.

Fray Juan de Zumárraga empleó todos los medios espirituales a su alcance para detener estos crímenes. Organizó a los fieles en procesiones, exigiendo reformas y la liberación de los indígenas prisioneros. Envió a sus mejores predicadores a denunciar desde sus púlpitos la esclavitud y los abusos que prevalecían y excomulgó a los peores infractores. En un momento dado, llegó a imponer un interdicto a toda la Ciudad de México, que retiró la Eucaristía de todos los sagrarios y prohibió la celebración de la Misa.

Él fue odiado por las autoridades coloniales y sobrevivió a varios intentos de asesinato, incluyendo un infame ataque con lanza por parte de un juez español.

A pesar de la violencia, el obispo buscó llevar a cabo un programa social positivo, estableciendo escuelas para niños y niñas indígenas, fundando un colegio y hospitales; instaló una imprenta y encargó y publicó libros para los indígenas.

Pero la opresión sólo continuó. Con el tiempo, el escándalo del "contra-testigo" español hizo imposible que los misioneros atrajeran nuevos conversos. Los indígenas no querían saber nada de la religión de unas personas que podían ser tan crueles y despiadadas. Por lo cual, muchos misioneros, frustrados, empezaron a hablar abiertamente de regresar a España.

El 27 de agosto de 1529, en un momento de desesperación, el Obispo Zumárraga escribió una larga carta al emperador Carlos V, y ahí, tras documentar los atropellos que había en contra de la población nativa, concluyó con unas palabras que resultarían proféticas:

Considero oportuno informar a Vuestra Majestad de lo que está sucediendo ahora, pues es un asunto de tal importancia que, si Dios no interviene para poner remedio por su propia mano, esta tierra está a punto de perderse para siempre.

Dos años más tarde, Dios le daría respuesta a esta oración.

En 1531, esa tierra fue testigo de una serie de fenómenos naturales insólitos: terremotos, un eclipse lunar y un cometa que apareció en el firmamento. Los nativos, aterrorizados, creían que su mundo estaba llegando a su fin. Hacia finales de ese año y durante el solsticio de invierno, fue cuando la madre de Jesús se le apareció a Juan Diego.

Ella vino como la mujer del *Magnificat*, y vino para proclamar al Dios cuya misericordia se extiende de generación en generación; a ese Dios que, con la fuerza de su brazo,

dispersa los delirios de dominio de los soberbios, derriba a los poderosos de sus tronos y enaltece a los humildes. Al Dios que sacia a los hambrientos y despide vacíos a los ricos.

Nuestra Señora vino como defensora de los oprimidos, prometiendo interceder por ellos: "para que allí yo los escuche en su lloro, su tristeza, para que yo limpie y cure todas sus miserias, sus tormentos, sus dolores".

Ella se apareció en el cerro del Tepeyac, donde solía alzarse un templo dedicado a la feroz diosa madre azteca, Coatlicue. Una de las pocas estatuas de Coatlicue que se conservan —actualmente en el Museo Nacional de Antropología de la Ciudad de México— la representa con una cabeza formada por dos serpientes que se miran entre sí, las manos y los pies de ella son garras, y viste una falda de serpientes entrelazadas y un collar de corazones humanos y manos cercenadas, y de su cuello cuelga un pendiente con forma de cráneo humano.

María presenta un marcado contraste con ella pues se presenta como una joven hermosa y dulce, de piel morena *(La Morenita)*. Y no como una diosa, sino como la madre del Dios de la vida y del amor, "del Creador de la gente". En su imagen de la tilma, aparece como una doncella vestida de sol, de pie sobre la luna, y ataviada con un manto de estrellas y una túnica bordada con diversas flores. Todo lo cual son signos de que, mediante su visita y a través del Niño que ella trae consigo, se verán colmadas las esperanzas religiosas más profundas de los pueblos.

Los nativos creían que el cielo era un paraíso al que llamaban la tierra de las flores o el "mundo de las flores", es decir, lo percibían como la cima de una montaña, cubierta de flores y llena del canto de aves preciosas. Crearon, así, toda una literatura, al igual que una serie de cantos, danzas y pinturas que expresaban siempre su convicción de que algún día vivirían eternamente en aquella tierra, en compañía de su Creador y de sus antepasados.

Aquella primera mañana, Juan Diego escuchó el canto de aves preciosas. El *Nican Mopohua* relata que, entre las aves que escuchó, se encontraban el *coyoltótotl* y el *tzinitzcan*, especies asociadas a los mitos del mundo de las flores.




*Xochitlalpan* es el término nahuatl para designar el paraíso de las flores, y Juan Diego describe el canto de las aves como "el precioso canto celestial".

Con su venida, María trajo consigo el paraíso que Juan Diego y sus antepasados tanto habían anhelado. Y, en una imagen hermosa y llena de dulzura, del final del relato, Nuestra Señora utilizará aquellas flores que los pueblos nativos asociaban con el paraíso para plasmar su propia imagen en la tilma, como un signo perpetuo del amor de Dios hacia ellos. Ante esta sagrada imagen, todas las generaciones la invocarán como la Madre del Dios vivo y verdadero, como el corazón mariano del Nuevo Mundo.

*El acontecimiento de Guadalupe nos recuerda que las naciones del continente americano tuvieron su origen en las misiones cristianas*

Juan Diego se preguntó si estaría soñando: "¿En dónde estoy? ¿En dónde me miro? ¿Acaso allá donde dijeron los viejos nuestros antepasados? ¿En la tierra de las flores *(Xochitlalpan)*, en la tierra de abundancia de los abuelos? ¿Acaso allá en la tierra celestial?"





3

# Se llamaba Juan Diego

En el centro de la historia de Guadalupe, en el núcleo del misterio que se desarrolló en el Tepeyac, se encuentra un hombre común. Un hombre "de nombre Juan Diego", nos dice el *Nican Mopohua*.

Nuestra Señora eligió no aparecerse a los nobles, a las autoridades coloniales, a los misioneros, a los sacerdotes o al obispo. Ella "se dejó ver de un estimado individuo (un *macehual*) de la clase humilde". Se reveló a un recién convertido, a un laico indígena. La palabra nahuatl *macehual* indica que era un agricultor medio rural, que poseía unas pocas tierras. La Madre de Dios llamó a esta persona humilde para llevar a cabo la sagrada tarea de abrir la puerta de la fe, de llevar a Jesucristo a estos vastos y nuevos continentes.

San Pablo dice que Dios elige a los humildes para que nadie pueda gloriarse ante Él, y así es. Él eligió a Juan Diego, y nos elige a ustedes y a mí, a cada quien a su manera. En el misterio de su plan salvífico, Jesús quiere actuar a través de cada uno de sus hijos para cumplir sus propósitos aquí en la tierra, para completar la obra de la redención. Ésta es una realidad importante que se expresa a través de la historia de Juan Diego y de Nuestra Señora de Guadalupe.

Dije anteriormente que podemos leer esto como la historia de un hombre que recibe un proyecto y emprende una misión. Podemos también leerlo como un relato medieval de caballeros y de caballería, ya que Juan Diego llevó a cabo la misión que le encomendó nuestra Señora; Juan Diego incluso llegó a emplear un lenguaje propio de la caballería, al dirigirse a María como "mi Señora", "mi Ama y Señora" o "mi Reina".

Pero nosotros, como católicos, deberíamos leer esto como la historia de una vocación y misión personales. Juan Diego es un hombre llamado por Dios. En él vemos el llamado que Jesús le hace a cada alma en el bautismo y la vocación que nos comunica a cada uno de nosotros, es decir, el de participar en su misión y desempeñar nuestro papel en la difusión de la buena nueva de su amor y salvación, cada quien según su propio estado de vida.

En las primeras palabras que Nuestra Señora le dirigió a Juan Diego, ella hizo alusión a su bautismo al llamarlo por su nombre y recordarle que era un hijo de Dios: "Juanito, el más pequeño de mis hijos, ¿a dónde vas?".

En sus palabras resuenan los ecos de aquellas importantes llamadas de la historia bíblica, las de Abraham, Samuel e Isaías, entre otros. Y nosotros escuchamos a Jesús que nos pregunta a dónde vamos, qué estamos haciendo con nuestra vida, qué estamos haciendo por Él para promover su Reino.

## ANDA Y PON TODO TU ESFUERZO

Sabemos, de fuentes históricas, que Juan Diego tenía unos cincuenta y siete años en el tiempo de las apariciones.

Juan Diego fue el nombre que él adoptó en el bautismo. Nacido en el seno de los pueblos chichimecas, su nombre original era Cuauhtlatoatzin, que significa "águila que habla". Él fue uno de los primeros nativos convertidos en México. Había sido bautizado siete años atrás, junto con su esposa María Lucía, por el franciscano Toribio de Benavente Motolinía, uno de los "doce apóstoles" enviados inicialmente a México, en el año 1524 y en la iglesia de Santiago de Tlatelolco. Todavía es posible visitar esta iglesia y orar junto a su pila bautismal.

Desde la muerte de su esposa, Juan Diego vivió con su tío Juan Bernardino —también converso— en el pueblo de Tulpetlac. Aquella mañana de sábado, se dirigía a la iglesia de Santiago para recibir la catequesis y orar. Era una caminata de nueve millas y, cuando llegó a la cima del cerro del Tepeyac, vio a aquella hermosa mujer, ataviada con un atuendo que resplandecía como el sol. "Juanito, el más pequeño de mis hijos", le dijo ella.

María le hablaba en su lengua materna, el nahuatl, y Juan Diego sintió como que sus palabras eran como "de quien atrae y estima mucho". Ella se identificó como "la siempre Virgen Santa María" y le encomendó una misión, la de acudir al obispo y decirle que la Madre de Dios deseaba que le construyera una "casa", a la que también llamó "mi templo".

Lo que ella deseaba era que se erigiera una iglesia católica en el cerro del Tepeyac. E hizo una promesa extraordinaria: afirmó que, en esa iglesia, les entregaría al Dios vivo a los pueblos del continente americano. El relato no hace una mención explícita de la Eucaristía, sin embargo, el lenguaje

empleado por Nuestra Señora es claramente eucarístico y referente a la encarnación. En esa pequeña iglesia, en su sagrario y sobre su altar, la Madre del único y verdadero Dios hará presente a Dios.

"En donde lo mostraré, lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto", dice ella. Lo daré a las gentes en todo mi amor personal, en mi mirada compasiva, en mi auxilio, en mi salvación".

El sentido eucarístico de este relato se profundiza cuando Juan Diego hace referencia a que el sacerdote, por su ordenación, recibe el poder sagrado de celebrar la Eucaristía *in persona Christi* ("en la persona de Cristo"). Juan Diego comenta que va de camino "a tu casa en México-Tlaltelolco", para escuchar lo "que nos enseñan los representantes humanos de Nuestro Amo, nuestros sacerdotes".

Para los pueblos indígenas, los templos constituían el centro de la civilización; el lugar en donde se hacían presentes los dioses y en el que recibían los sacrificios del pueblo. La construcción de un nuevo templo simbolizaba el advenimiento de una nueva civilización con nuevos dioses. Así es como los primeros lectores del *Nican Mopohua* habrán entendido las palabras de María. Ella hablaba de algo que iba mucho más allá de construir una nueva iglesia.

Estaba anunciando, más bien, el nacimiento de una nueva civilización y de un nuevo Dios que colmaría todo lo que los nativos habían esperado de sus dioses antiguos. Este nuevo Dios no era otra deidad tribal, ni otro dios más entre las muchas divinidades nativas. El Dios de María era universal. Y Nuestra Señora empleó la palabra española "Dios" —identificándolo como el Dios que creó el mundo y todo cuanto en él existe—, en tanto que se refirió a los dioses nativos por sus nombres en nahuatl:

Yo soy... la madre de Dios verdadero [téotl Dios] por quien se vive [Ipalnemohuani], el Creador de la gente [Teyocoyani], del que está próximo y cerca [Tloque Nahuaque], del Señor del cielo, del Señor del mundo [Illhuicahua Tlaltipaque].

La misión de Juan Diego era nada menos que anunciar que el Reino de Dios estaba llegando a las Américas, que estaba llegando una civilización nueva que abrazaría con amor a toda persona de la tierra, sin importar el color de su piel, la lengua que hablara o su lugar de procedencia.

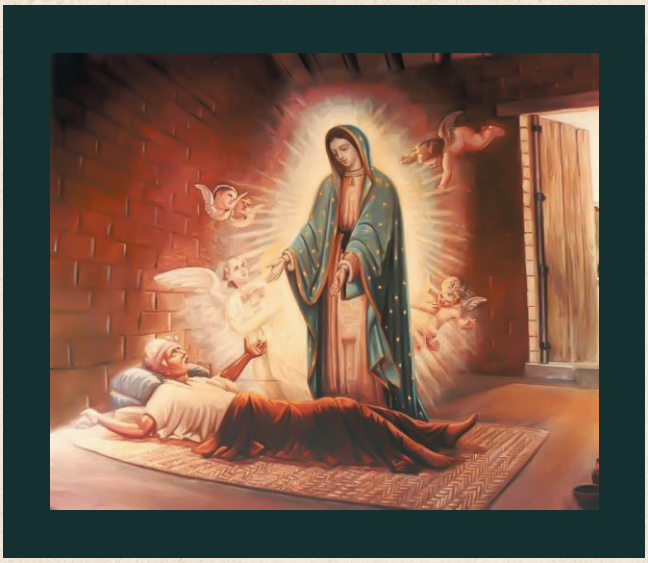
Así que María lo envió, diciéndole: "Mira que ya escuchaste, mi hijo más pequeño, lo que te he dicho; anda esfuérzate en ello".

Juan Diego partió enseguida, y sus palabras nos recuerdan la manera en la que los apóstoles respondieron a la llamada de Jesús, dejándolo todo al instante para seguirlo: "Ya me voy para poner en obra lo que me has dicho; ahora solamente me despido de ti, yo tu pobre vasallo".

## UN DRAMA ECLESIAL

A partir de este punto, el *Nican Mopohua* se desarrolla como una especie de drama eclesial; su relato sigue los esfuerzos de Juan Diego por convencer al obispo de que su visión era real.





Se enfrentó a la resistencia de los servidores del obispo, quienes lo maltrataron, trataron de intimidarlo y de humillarlo, y lo llamaron mentiroso e "indio despreciable". El Obispo Juan de Zumárraga es descrito como un hombre paternal y bondadoso, pero escéptico. Juan Diego acudió dos veces a su despacho para exponer su caso. Tras el segundo encuentro, el obispo le dijo que necesitaría "alguna otra señal" para creer en su relato.

Después de haber sido ser rechazado por primera vez, Juan Diego se sintió desalentado y le imploró a Nuestra Señora que enviara a otra persona. Tal vez a alguna persona noble y rica, sugirió, alguien a quien el obispo y sus servidores tomaran más en serio. Esto nos trae nuevamente a la memoria ecos bíblicos, como la reticencia de Moisés de guiar al pueblo hebreo, la resistencia que manifestó Jonás a profetizar, la excusa que dio Jeremías de ser demasiado joven e incapaz.

La respuesta de María es bella y profunda. Me parece que es una de las más importantes declaraciones sobre la vocación personal que encontramos en la literatura cristiana. Dios había elegido a Juan Diego —dice ella— y no había ningún otro que pudiera realizar la tarea para la que él había sido escogido:

Escucha, el más pequeño de mis hijos, ten por cierto que no son escasos mis servidores, mis mensajeros, a quienes puedo encargar que lleven mi aliento mi palabra, para que efectúen mi voluntad; pero es muy necesario que tú, personalmente, vayas y ruegues, que por tu intercesión se realice, se lleve a efecto mi querer, mi voluntad.

Juan Diego respondió, dejándonos su propio y hermoso testimonio. Aunque el camino fuera arduo y él probablemente sufriera desprecios y rechazos, estaba dispuesto a hacer lo que se le pedía:

Señora mía, Reina, … que no angustie yo con pena tu rostro, tu corazón; con todo gusto iré a poner por obra tu aliento, tu palabra; de ninguna manera lo dejaré de hacer, ni estimo por molesto el camino. Iré a poner en obra tu voluntad, pero tal vez no seré oído, y si fuere oído quizás no seré creído. Mañana en la tarde, cuando se meta el sol, vendré a devolver a tu palabra, a tu aliento, lo que me responda el gobernante sacerdote.

Se percibe un tono de realismo pastoral a lo largo de todo el *Nican Mopohua*. Juan Diego aparece como una persona de una gran profundidad humana... Él es un cristiano común, con compromisos familiares y parroquiales, que busca vivir su fe en el mundo y de cumplir la voluntad de Dios para su vida.

Hay también honestidad en este relato; Juan Diego no es idealizado en él. Escuchamos sus dudas y sus ansiedades. Él siente que no es digno ni está capacitado para hacer aquello a lo que Dios lo está llamando y nos damos cuenta de que se desanima ante los fracasos, cuando su labor no obtiene frutos. Pero nosotros nos vemos reflejados en la persona de Juan Diego pues éstas son las inseguridades y decepciones que afronta todo discípulo.

Juan Diego tiene, también, obligaciones familiares: él cuida de su tío anciano, que tiene una salud frágil. Y en el momento culminante de este drama eclesial, cuando el obispo ya ha rechazado a Juan Diego en dos ocasiones y justo cuando Nuestra Señora le ha prometido que al día siguiente le entregaría, finalmente, la señal que el obispo solicitaba, sobreviene una tragedia familiar.

Al llegar a casa, Juan Diego encuentra a su tío a las puertas de la muerte. Así que, muy de madrugada, cuando aún reinaba la oscuridad, Juan Diego se dirigió a Tlatelolco "a llamar a… algún sacerdote para que fuera a confesarlo [a Juan Bernardino], para que fuera a prepararlo... porque estaba seguro de que ya era el tiempo, ya el lugar de morir".

La escena es desgarradora; podemos percibir el dolor y la angustia de Juan Diego. El tiempo apremiaba. Necesitaba desesperadamente encontrar a un sacerdote para su tío moribundo, pero sabía que la Reina del Cielo lo esperaba para entregarle su señal. Aquí, también nosotros podemos vernos reflejados en Juan Diego. La fe en Jesús y la búsqueda de la santidad a la que Él nos llama requieren de una decisión diaria y, frecuentemente, conllevan una lucha. El *Catecismo* habla de la "batalla de la fe".

Juan Diego se encontraba en dificultades y buscaba evitar a Nuestra Señora. Pero ella le salió al encuentro, cerrándole el paso. Y, con ternura, le dijo que su tío no moriría y que inclusive en ese mismo instante ya había sido sanado. Las palabras tranquilizadoras de María son las frases más memorables del *Nican Mopohua* y unas de las más conmovedoras de toda la literatura mariana:

Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige, no se turbe tu corazón, no temas esa enfermedad, ni otra alguna enfermedad y angustia.

¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No soy yo tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo? ¿Qué más has menester?

## ÉL NO ME CREÓ EN VANO

A lo largo de esos tres días de apariciones, Nuestra Señora de Guadalupe fue ayudando a Juan Diego a que descubriera que Dios lo amaba, que su vida era importante para Él

y que tenía un lugar y un propósito dentro del plan de Dios para el mundo.

Y ésta sigue siendo una lección que también se aplica a nosotros, quinientos años más tarde. Es necesario que dejemos que las palabras de Nuestra Señora a Juan Diego nos hablen, para que podamos, así, abrir nuestros corazones y recuperar nuestra propia vocación y misión bautismal: "Son muchos mis servidores… pero es de todo punto preciso que tú mismo… ayudes y que con tu mediación se cumpla mi voluntad".

Las palabras de Nuestra Señora siempre me han recordado esa profunda meditación del Doctor de la Iglesia, San John Henry Newman:

Hemos sido creados para hacer Su voluntad. Yo he sido creado para hacer algo para lo que nadie más ha sido creado… Dios me conoce y me llama por mi nombre. Dios me ha creado para hacer para Él algún servicio definido; Él me ha encargado una obra determinada que no ha encargado a otros. Yo tengo mi misión: puedo no conocerla jamás en esta vida, pero se me dirá en la otra. En cierto modo yo soy necesario para sus propósitos, tan necesario en mi lugar como un Arcángel en el suyo… Pero yo tengo una parte en su gran obra; soy un eslabón en la cadena, un vínculo de conexión entre personas. Él no me ha creado para la nada.

Desde hace mucho tiempo siento que estas palabras deberían imprimirse en una tarjeta de oración que se entregara a todo católico en el momento de su bautismo. Se trata de esa realidad que Nuestra Señora le está ayudando a descubrir a Juan Diego, y que nos ayuda a descubrir a nosotros también. Dios no creó a ninguno de nosotros "sin un motivo". Nuestras vidas no son fruto del azar ni de la casualidad. Cada uno de nosotros es amado; cada uno está aquí porque Dios quiere que así sea; y cada uno tiene que desempeñar un papel dentro de su plan divino. Dios quiere que cada quien realice algo maravilloso con su vida, algo que sólo cada uno de nosotros puede hacer. Esto es una realidad, tanto en la vida de ustedes como en la mía y en la de toda persona.

Tenemos que difundir esta hermosa verdad, especialmente entre nuestros jóvenes. Debemos ayudarlos a darse cuenta de que sus vidas forman parte de algo mucho mayor que ellos mismos; que seguir a Jesús es una gran aventura, que es de gran valor caminar tras sus huellas, tratar de parecernos más a Él cada día y participar en su grandioso plan de amor. Todos debemos tener grabada esta gran verdad en nuestros corazones: somos hijos de Dios y cada uno de nosotros tiene una vocación. Nuestra fe católica no es simplemente una herencia que se debe preservar; es una misión que estamos llamados a llevar a cabo.

Las últimas palabras de María que se encuentran registradas en las Escrituras provienen de las bodas de Caná, y ella las pronunció cuando les dijo a los sirvientes: "Hagan lo que Él les diga".

Y lo que Jesús nos dice en cada generación es que debemos tomar nuestra cruz y seguirlo. Somos "colaboradores de Dios", y estamos llamados a santificar este mundo, a impregnar con el espíritu del Evangelio nuestros hogares y vecindarios, nuestra política y nuestra economía, nuestras instituciones culturales y sociales.

Nuestra misión es la misma que se le confió a Juan Diego hace quinientos años. Recordemos una vez más las palabras de Nuestra Señora:

En donde lo mostraré, lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto, lo daré a las gentes en todo mi amor personal, en mi mirada compasiva, en mi auxilio, en mi salvación… Y para que se lleve a cabo lo que pienso en mi compasión para la gente, ve.

Ésta es la primera gran descripción de la misión de la Iglesia en las Américas. Y proviene de la madre de Jesús quien, mediante su *fiat*, es decir, mediante su "sí" a la llamada de Dios —"Cúmplase en mí lo que me has dicho"—, hizo posible la misión cristiana al traer a Jesús al mundo.

Y ahora ella nos llama a llevar a Jesús al mundo, tal como llamó a Juan Diego. Nos llama a cada uno de nosotros a transmitir su mensaje, a revelar a Dios a la gente de nuestra tierra, a exaltarlo y manifestarlo en todo lo que decimos y hacemos.

Como discípulos de este continente, hemos de estudiar profundamente el testimonio de Juan Diego, el primer santo indígena del continente americano. Debemos leer la historia del acontecimiento guadalupano como una historia que nos muestra cómo se forjan los santos.

*Nuestra Señora de Guadalupe fue ayudando a Juan Diego a que descubriera que Dios lo amaba, que su vida era importante para Él y que tenía un lugar y un propósito dentro del plan de Dios para el mundo.*

En San Juan Diego vemos lo que significa vivir, no de acuerdo a nuestros propios deseos y prioridades, sino de acuerdo a la voluntad de Dios. Por la manera en que vivió, San Juan Diego pudo declarar: "Aquí estoy, Señor; vengo a hacer tu voluntad. Que no se haga mi voluntad, sino la tuya". Y, como le dijo a Nuestra Señora: "de muy buena gana iré a cumplir tu mandado; de ninguna manera dejaré de hacerlo ni tengo por penoso el camino".

La obediencia de San Juan Diego ayudó a cambiar el curso de la historia. Y cada uno de nosotros puede ayudar a cambiar el mundo de nuevo si vive su vocación y misión con la misma fe y valentía que él. Nuestra Señora de Guadalupe se dirige ahora a cada uno de nosotros, tal como cuando le habló a él, y nos dice: "¡Anda y pon todo tu esfuerzo!".




PATRONA NOVÆ HISPANIÆ

# 4

# Allí estaba La Madre de Jesús

En el relato evangélico de las bodas de Caná aparece una sencilla frase que dice: "Hubo una boda en Caná de Galilea, a la cual asistió la madre de Jesús". Para mí, ésta es una realidad impactante: la madre de Jesús estaba allí. No solamente en Caná, sino desde el principio. La historia de la salvación se desarrolla a través de ella.

Ella estaba allí en Nazaret, cuando Jesús fue concebido por obra del Espíritu, y en Belén, en donde lo recostó en un pesebre porque no había lugar para ellos en la posada.

Estaba allí para presentarlo como un bebé que había que llevar al Templo, y también cuando ella y José se vieron obligados a huir con él a Egipto para escapar a los asesinos enviados por Herodes. Cuando él tenía doce años, ella estuvo en Jerusalén, encontrándolo después de tres días en que estuvo enseñando en la casa de su Padre.

María educó a Jesús y lo ayudó a transformarse, de niño en hombre durante aquellos largos y ocultos años de Nazaret. En su tierra natal, él era conocido como el hijo de María, como el hijo del carpintero.

La madre de Jesús estuvo presente cuando Él le dio inicio a su ministerio público. Y fue ella la que le pidió que realizara su primer milagro, el de convertir el agua en vino durante aquellas bodas.

Ella fue a escucharlo cuando Él les enseñaba a las multitudes y escuchó cuando él la puso como modelo, al decir: "*Dichosos todavía más los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica*". Estuvo ella también allí, al pie de la cruz, y escuchó esas últimas palabras, con las que él la encomendaba a su discípulo amado.

Y María estuvo igualmente presente en el nacimiento de la Iglesia, orando con los apóstoles en el Cenáculo para pedir que el Espíritu descendiera en Pentecostés.

San Juan Pablo II dijo en una ocasión: "Donde ella está, no puede faltar su Hijo". Esto siempre será así. En todas las épocas y lugares, María sigue trayendo a su Hijo al mundo. Y ella, al igual que su Hijo, es la misma ayer, hoy y siempre.

Se dice que su primera aparición ocurrió apenas siete años después de la crucifixión, en el año 40. María todavía vivía en Jerusalén cuando se le apareció al apóstol Santiago, que anunciaba el Evangelio en España.

Santiago se sentía solo y desanimado, y tenía la impresión de que su misión estaba fracasando. Así que Nuestra Señora se le apareció cuando él estaba orando en las riberas del río Ebro de Zaragoza. Según la leyenda, ella llegó acompañada de ángeles que portaban una columna de jaspe y una imagen de ella misma, y le indicó a Santiago que construyera una iglesia que honrara su nombre, y se dice que Nuestra Señora del Pilar, que actualmente es ya una basílica, fue la primera iglesia dedicada a María.

En el Tepeyac, la situación fue más compleja. Antes de que el obispo construyera la iglesia que ella deseaba, María tuvo que proporcionarle primero una "señal" sobrenatural. Así que instruyó a Juan Diego para que regresara a la colina donde se habían encontrado tres días antes. Ahí, él debía cortar las flores que encontraría, para luego recogerlas y llevárselas a ella.

No había razón alguna de que a Juan Diego se le ocurriera que encontraría flores allí. Estaban en pleno invierno, en "que todo lo come y echa a perder el hielo", tal como lo describe el "*Nican Mopohua*". De todos modos, en aquella cima no crecía nada más que hierba menuda, pues sólo había rocas, abrojos, plantas espinosas, mezquites y nopales.

Sin embargo, Juan Diego se quedó maravillado cuando vio, en torno suyo, todo tipo de hermosas y bellas flores en plena floración, las cuales perfumaban el ambiente pues "estaban muy fragantes y llenas de rocío de la noche, que semejaba perlas preciosas". Se nos dice en varias ocasiones que aquellas flores eran como las rosas de Castilla, de las que hay en España, y son "de lo más fino que hay".

Él cortó las flores y se las llevó a Nuestra Señora; el *Nican Mopohua* nos lo relata con sencillez, diciéndonos que, "cuando las vio, con sus venerables manos las tomó; luego otra vez se las vino a poner todas juntas en el hueco de su ayate".

Juan Diego emprendió entonces el camino para ir a llevárselas al obispo. Sentía el corazón ligero, "vendrá a salir bien", se dijo a sí mismo; convencido de que esto "lo llevará perfectamente" a buen término. Por el camino iba disfrutando de su aroma y cuidó de asegurarse de que ninguna se cayera de su manto.

Antes de poder mostrárselas al obispo, tuvo que padecer unas últimas humillaciones provenientes de los servidores



del obispo, pues lo hicieron esperar "durante muchísimo rato" antes de ir a anunciar su llegada. En un momento dado, ellos lo rodearon de manera amenazadora, exigiendo saber qué llevaba en la tilma, por lo que él "descubrió un poco que eran flores", y ellos empezaron a tratar de cogerlas, para sacar algunas. Pero "cuando iban a cogerlas, ya no veían verdaderas flores, sino que les parecían pintadas o labradas o cosidas en la manta".

Cuando, finalmente, Juan Diego se pudo reunir con el obispo, le explicó lo que Nuestra Señora le había mandado hacer. De rodillas, le dijo: "Aquí las tienes, hazme favor de recibirlas", y cuando abrió su tilma, las flores cayeron al suelo; y la Madre de Jesús estaba allí.

Todos cayeron de rodillas, sobrecogidos. El obispo lloró y pidió perdón por su incredulidad. "luego allí la tilma se convirtió en señal: se apareció de repente la Amada Imagen de la Perfecta Virgen Santa María, Madre de Dios, en la forma y figura en que ahora está", como dice el *Nican Mopohua*.

## HERMOSA COMO LA LUNA, RADIANTE COMO EL SOL

La madre de Jesús estaba, y sigue estando, allí.

Desde el momento en que las flores cayeron de la tilma de Juan Diego, en el *Nican Mopohua* ya no se vuelve a ver ni a oír ninguna mención de Nuestra Señora. Pero ella está allí. Es como si ella misma se hubiera fundido con la señal. Y su imagen de la tilma se ha convertido ahora en una aparición perpetua.

Casi de inmediato empezaron las obras para construir su casita sagrada en el cerro del Tepeyac. Primero, el tío de Juan Diego dio su testimonio ante el obispo, sobre cómo la doncella celestial había acudido a sanarlo y cómo le había indicado que su imagen debía llamarse "la siempre Virgen Santa María de Guadalupe".

Guadalupe es una de las pocas palabras que no están en nahuatl en el texto del *Nican Mopohua*. Ese nombre es español —quizás de origen árabe— y algunos dicen que significa "río de grava negra". El río Guadalupe atraviesa la localidad de Extremadura, en España. Y según la tradición, hacia fines del siglo XIII cerca de las orillas de ese río se descubrió una misteriosa estatua de una Virgen Negra, que llegó a ser una imagen muy venerada. Con el tiempo, se construiría ahí un monasterio para albergarla.

El santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, que está en Extremadura, es actualmente una basílica, que se transformó en lugar de peregrinación. Colón acudía a orar allí, antes y después de sus viajes. Y también la reina Isabel y el conquistador Hernán Cortés solían acudir ahí a elevar sus plegarias.

Nadie sabe el motivo por el cual María eligió ese nombre para su imagen. Eso es parte del misterio. Quizás sea otra conexión con España —como la referencia a las flores de Castilla— destinada a estrechar los vínculos entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Una manera más de arraigar profunda-

mente el catolicismo español —con su poesía y su misticismo, con su magnífico arte y sus importantes santos— en el suelo de estas nuevas tierras. Pero nadie puede afirmarlo con certeza.

El *Nican Mopohua* concluye de la siguiente manera:

Y absolutamente toda esta ciudad, sin faltar nadie, se estremeció cuando vino a ver, a admirar su preciosa imagen. Venían a reconocer su carácter divino. Venían a presentarle sus plegarias. Muchos admiraron en qué milagrosa manera se había aparecido, puesto que absolutamente ningún hombre de la tierra pintó su amada imagen.

Y actualmente, cerca de ese mismo lugar, nosotros también nos estremecemos al contemplar lo que Juan Diego y el obispo vieron aquella mañana del 12 de diciembre de 1531. Venimos a ofrecer nuestras oraciones ante este retrato celestial que la madre de Jesús plasmó con sus manos, con flores preciosas, delicadas como las rosas de Castilla.

La imagen que se encuentra actualmente en un marco de oro y cristal, en la pared que se encuentra detrás del altar, no es muy grande. La tilma mide aproximadamente metro y medio de alto por un metro de ancho. Sin embargo, todos nos quedamos maravillados ante ella pues la madre de Jesús está allí. Caemos de rodillas ante su imagen, teniendo en el corazón esas palabras de la Escritura que dicen: "¿Quién es ésta que se eleva como la aurora, hermosa como la luna, resplandeciente como el sol, terrible como escuadrones en orden de batalla?".

La mujer de la tilma es la mujer revelada en el libro del Apocalipsis: es aquella gran señal que apareció en el cielo, vestida con los rayos del sol y con la luna a sus pies. Ella se eleva por entre las nubes y neblinas del cielo, sostenida por un ángel de mirada triste y alas de águila, de color azul, blanco y rojo.



Ella va vestida con un manto real de color azul y verde, adornado con estrellas dispuestas tal como aparecían en el firmamento de aquel solsticio de invierno de 1531. Su túnica es de color rosa y tonalidades de tierra. El diseño floral de su vestido es exótico y silvestre, y recuerda las ilustraciones de los manuscritos indígenas; se encuentran ocho flores de ocho pétalos, nueve grupos florales y, en el centro, una flor única, de jazmín, con cuatro pétalos.

Con todo esto nos vienen a la mente una vez más, aquellas palabras del Apocalipsis que se refieren a la ciudad santa, a la nueva Jerusalén que desciende del cielo, enviada por Dios, "engalanada como una novia, que va a desposarse con su prometido". Nos acordamos, también, de la reina del salmo, vestida de oro y ropajes multicolores y conducida con alegría ante su rey.

María se presenta como la esposa virgen del Rey y como la Madre de Dios. Viene como la Inmaculada, trayéndonos consigo la promesa de una nueva creación.

La Iglesia no definiría el dogma de la Inmaculada Concepción hasta tres siglos más tarde. Sin embargo, el *Nican Mopohua* refleja claramente esta creencia, la de que la Madre de Dios fue preservada de toda mancha de pecado original. Considero que éste es un aspecto que merece un estudio teológico e histórico más profundo.

Cuando ella le reveló su identidad a

Juan Diego, le dijo: "yo soy la siempre Virgen Santa María", y a lo largo del relato se le llama "siempre Virgen" y "Santísima".

Su primera aparición a Juan Diego ocurrió el día 9 de diciembre, fecha en que desde el siglo VII los cristianos de Oriente celebran la fiesta de la concepción de María en el seno de Santa Ana.

El Obispo Zumárraga —cuya orden Franciscana fue la gran promotora de este dogma— interpretó su venida en esta fecha como una señal. Más tarde escribiría que deseaba dedicar la iglesia del Tepeyac a la "Concepción de la Madre de Dios", pues "Dios y su Madre quisieron conceder esta misericordia a esta tierra".

Al presentarse como la Inmaculada, Nuestra Señora anunciaba un nuevo comienzo para México y para todas las tierras del continente americano.

Cuando ella y Juan Diego se encontraron por primera vez, éste vio cómo cobraba vida la tierra y se preguntó si había cruzado hacia Xochitlalpan, la "Tierra de las Flores", el paraíso de sus antepasados. En su último encuentro, estando nuevamente en la cima del cerro del Tepeyac, Juan Diego tuvo una certeza: "miré que estaba en el paraíso (Xochitlalpan)", según le dijo al Obispo Zumárraga.

María Inmaculada misma es el paraíso que el pueblo de Juan Diego había anhelado. Ella es el nuevo Edén, el jardín divino en el que Dios ha elegido habitar.

Ella utiliza el cerro de las flores —el paraíso mismo de los nativos— para "pintar" con sus propias manos su imagen en la tilma. En esa imagen que pinta, lleva un atuendo con flores. Es como si Nuestra Señora se representara a sí misma como la Tierra de las Flores. En el Niño que lleva en su seno inmaculado, el paraíso ha comenzado a florecer en la tierra. En la Inmaculada, han llegado ya un cielo nuevo y una tierra nueva.

## EL LINAJE DE LOS HIJOS DE DIOS

La mujer de la tilma es esa virgen que fue profetizada por Isaías. Para los indígenas, la virginidad de ella se ve simbolizada por la manera en la que lleva el cabello, es decir, dividido a la mitad y suelto. La cinta de color púrpura oscuro que lleva atada por encima de la cintura, es una señal de que está encinta.

La rodilla de Nuestra Señora se encuentra doblada, indicando un movimiento suave, como si estuviera bailando o balanceando su cuerpo de atrás hacia adelante. Sus manos están unidas en oración sobre su vientre y, por debajo de ellas, en el centro de su túnica, se encuentra la flor de jazmín de cuatro pétalos, que los nativos interpretaron como una señal de que el Niño que ella llevaba en su seno era divino.

El templo que Dios tiene en el cielo se ha abierto, y Nuestra Señora ha venido como la nueva Arca de la Alianza, la nueva morada del Dios vivo en la tierra. Esto nos recuerda aquella profecía que dice: "He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán el nombre de Emmanuel, que quiere decir Dios-con-nosotros". Y escuchamos también esa voz celestial del Apocalipsis que dice, cuando la esposa desciende: "Ésta es la morada de Dios con los hombres; vivirá con ellos como su Dios y ellos serán su pueblo".

*La imagen milagrosa de Santa María de Guadalupe es un ícono de las Américas, un autorretrato que la madre de Jesús nos ha regalado como una ventana a nuestras almas y a los designios que Dios tiene para el mundo.*

La cabeza de la joven se inclina ligeramente hacia un lado y sus ojos miran hacia abajo, como si estuviera dirigiendo su oración al Niño que lleva en su interior o intercediendo por sus hijos de la tierra. Vemos esbozarse una leve sonrisa en sus labios. Su expresión es bondadosa y misericordiosa, tal como Juan Diego la describió. Y ella nos atrae hacia sí y podemos experimentar su amor. Y nos habla como le habló a él: somos sus pequeños hijos e hijas, los más jóvenes y los más queridos "yo soy su piadosa madre compasiva", nos dice.

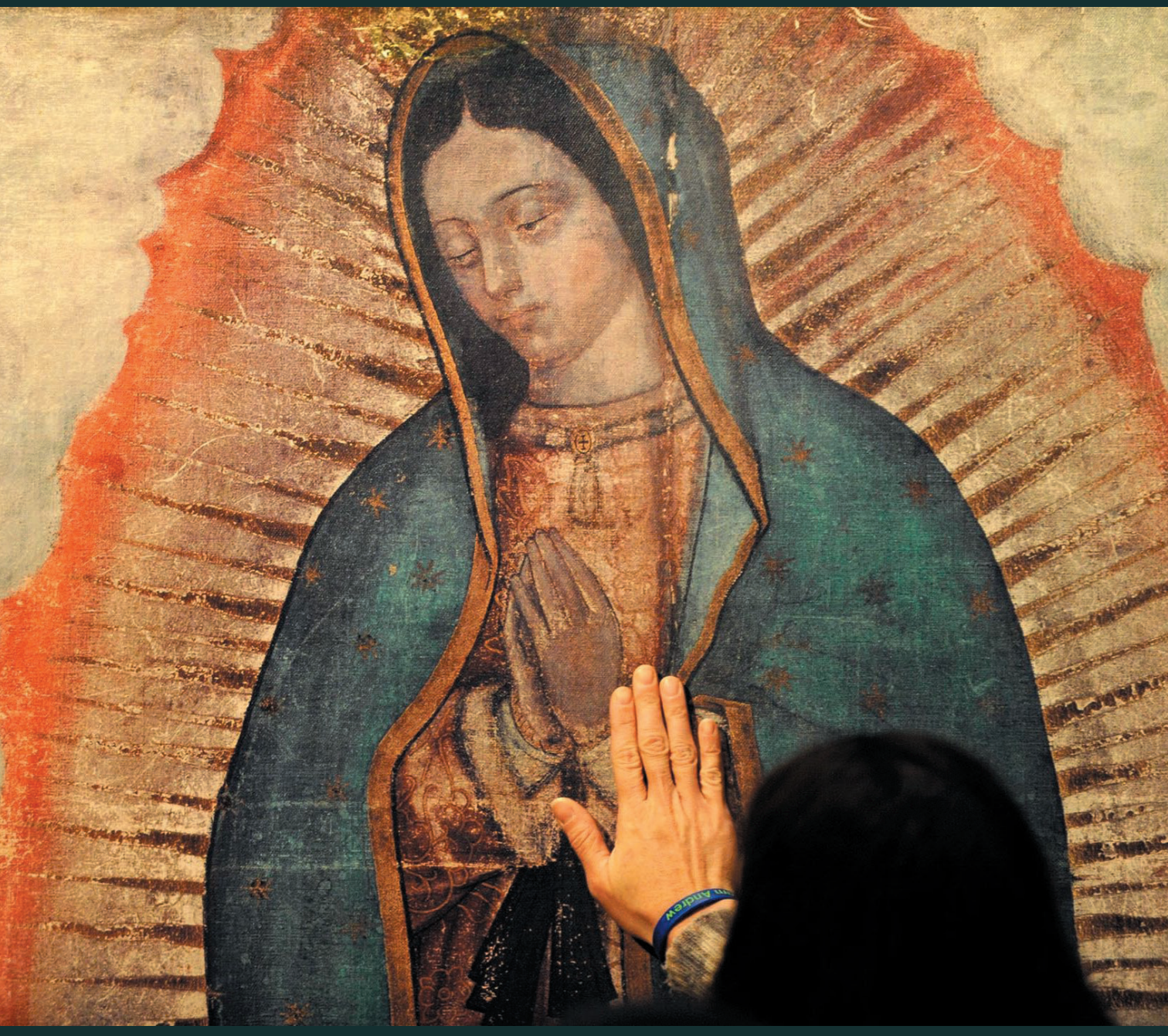
## LA MADRE DE JESÚS ESTÁ ALLÍ

Su piel tiene matices de tonos oliva y bronce; sus rasgos reflejan el mestizaje, es decir, la mezcla de pueblos y culturas —podemos percibir en ella rasgos españoles, indígenas, mexicanos, judíos y más. Es María de Nazaret, la virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David. Sin embargo, su atuendo es indígena, ella habla en la lengua nativa y sus rasgos no pertenecen a una sola raza.

Ella es la Nueva Eva, la madre de todos los vivientes, la madre de "todos los pueblos". Es la madre de la Iglesia, que es la familia de Dios en donde todo hombre y mujer de cualquier raza, lengua, cultura o nacionalidad, encuentra un hogar. En el Hijo que ella lleva, se cumple la promesa que Dios le hizo a Abraham en los albores de la historia de la salvación: "Tu descendencia será fuente de bendición para toda la humanidad".

En el rostro de la *Morenita* percibimos esa hermosa realidad de nuestra humanidad, que es la gran dignidad e igualdad que tenemos como hijos e hijas de Dios, creados a su imagen. Y vemos en ella lo que los apóstoles vieron: que en Jesús ya no hay esclavos ni libres, griegos ni judíos, sino que todos somos hijos de Dios y herederos de la promesa hecha a Abraham.

Esta doncella es la madre de la nueva humanidad, de la



raza de los hijos de Dios. Esto fue lo que expresó uno de los grandes santos del siglo XX, san Josemaría Escrivá, tras pasar nueve días en oración ante la sagrada tilma. Al dirigirse más tarde a unos campesinos en el estado mexicano de Morelos, San Josemaría les dijo:

Nadie es más que otro, ¡Ninguno! ¡Todos somos iguales! Cada uno de nosotros valemos lo mismo, valemos la sangre de Cristo. Fijaos que maravilla. Porque no hay razas, no hay lenguas; no hay más que una raza: la raza de los hijos de Dios.Miren el hermoso y magnífico rostro que Santa María dejó en manos de Juan Diego, plasmándolo en su manto. Se aprecian en él rasgos que son tanto indígenas como españoles. Porque sólo existe la raza de los hijos de Dios.

## UNA SONRISA EN LOS OJOS DE TODOS LOS DEMÁS SANTOS

La imagen milagrosa de Santa María de Guadalupe es un ícono de las Américas, un autorretrato que la madre de Jesús nos ha regalado como una ventana a nuestras almas y a los designios que Dios tiene para el mundo.

Don Miguel Cabrera, el gran pintor de la Nueva España, recibió el encargo de examinar la tilma y de realizar una copia fiel de la milagrosa imagen. En 1756, publicó sus conclusiones bajo el título de *Maravilla Américana*. La imagen, según concluyó, era un "divino retrato" realizado por un pincel de "todo el cielo."

Y desde este retrato celestial, desde esta maravilla de las Américas, los ojos oscuros de Nuestra Señora nos miran. Podemos ver nuestro propio reflejo en ellos, como si miráramos en un espejo que revela el misterio de nuestras almas.

Sus ojos, cargados de emoción, han fascinado a los fieles desde el principio. ¿Qué es lo que ve Nuestra Señora? ¿Qué es lo que palpita en su corazón cuando ella nos contempla a lo largo de los siglos?

Los científicos han realizado sus propias investigaciones sobre los ojos de la Virgen, estudiándolos con los más avanzados instrumentos de aumento y otras tecnologías. Algunos de estos estudios han arrojado hallazgos para los que parece no haber una explicación natural. El caso más famoso es el de un ingeniero peruano que afirmó haber detectado en sus ojos los reflejos del Obispo Zumárraga y de otras personas que estaban presentes en aquella habitación cuando las flores cayeron de la tilma de Juan Diego. Estos estudios no hacen sino profundizar el misterio que rodea a este ícono americano, a esta maravilla de las Américas.

Para mí, el misterio más hermoso de los ojos de Nuestra Señora de Guadalupe es lo que ella misma expresa "lo daré a las gentes en todo mi amor personal, en mi mirada compasiva". Sé que ella, con su mirada, percibe toda mi vida y que me ama con una misericordia indescriptible.

Escucho su voz, que me dice: "Yo soy la madre del amor hermoso, del temor, del conocimiento y de la santa esperanza". Y le creo totalmente. Ella escucha mis clamores, conoce mis tristezas, mis penas, mis sueños y mis alegrías. Y la amo y confío en el amor que me tiene.

Confiemos en Nuestra Señora de Guadalupe, porque ella ha recorrido las cañadas oscuras de la muerte al lado de su Hijo. Ella ha conocido la noche de la fe. Y yo confío en ella porque me ha mostrado su rostro. No es la idea que un artista pudiera tener de cómo era ella.

Ella misma pintó su imagen para mí con rosas y flores de hermosísima floración. Veo en sus ojos lo que el gran poeta Dante vio: "Vi en sus juegos y en sus cantos sonreír a una belleza, que era el gozo en los ojos de todos los otros santos".

La madre de Jesús está ahí presente en la imagen que nos dejó en el Tepeyac. Y donde está la madre de Jesús, está necesariamente también su Hijo. Al contemplar su imagen, podemos sentir cómo late el corazón de Jesús debajo del de ella, cómo late con amor hacia ti, hacia mí y hacia todos los pueblos de la tierra.

Esto es lo que sintieron los pueblos indígenas de aquella primera generación cuando contemplaron esta imagen divina.

En los años posteriores a la aparición, los misioneros describen cómo los indígenas viajaban a pie durante muchos días, en plena temporada de lluvias, cargando a sus hijos en la espalda y cruzando ríos y arroyos, desafiando todo peligro para recibir el bautismo. Y llegaban por miles.

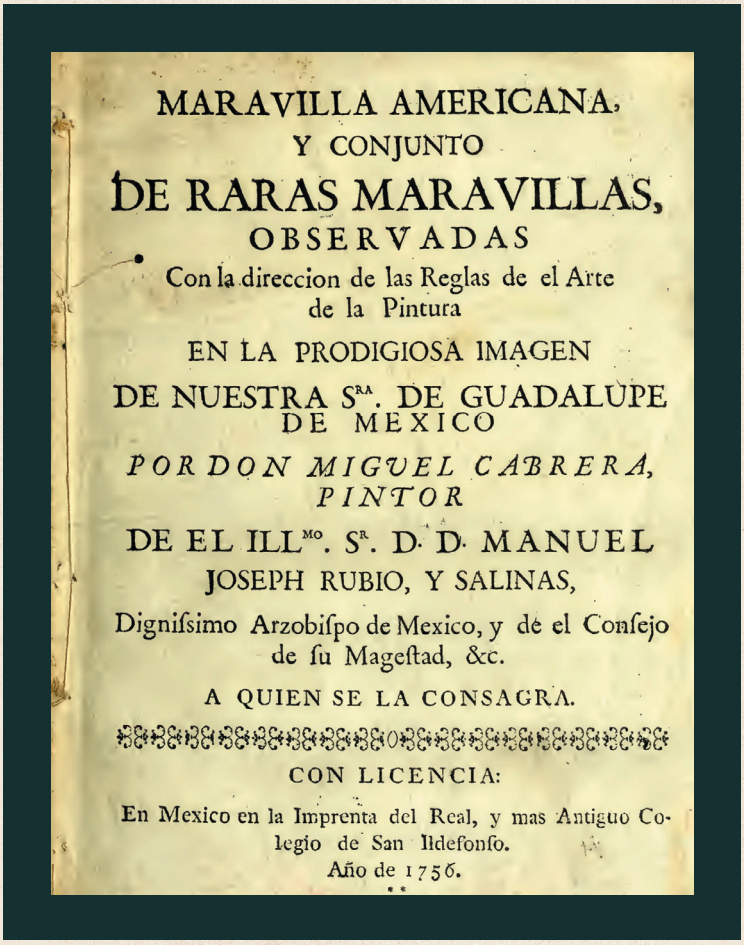
"Era una multitud enorme la que acudía, pues además de los sanos, venían también muchos cojos y lisiados, mujeres cargando a sus hijos en la espalda y ancianos de blancas canas y avanzada edad", escribía el fraile franciscano Toribio Motolinía.

En los diez años siguientes a las apariciones de Nuestra Señora, se estima que fueron bautizadas entre nueve y diez millones de personas. El misionero Fray Gerónimo de Mendieta describió la escena en su *Historia Eclesiástica*:

Acudían adultos y jóvenes, hombres y mujeres, sanos y enfermos. Los ancianos ya bautizados llevaban a sus hijos a bautizar, y los jóvenes bautizados llevaban a sus padres; el esposo llevaba a su esposa, y la esposa a su esposo... Al momento del bautismo, muchos recibían el sacramento con lágrimas en los ojos.

¡Debemos apreciar mucho esos testimonios de la primera evangelización del continente americano!

La imagen de Nuestra Señora convirtió a todo un continente y fue una señal para todas las épocas de que la madre de Jesús estaba allí. Y lo sigue estando.


MARAVILLA AMERICANA,
Y CONJUNTO
DE RARAS MARAVILLAS,
OBSERVADAS
Con la direccion de las Reglas de el Arte de la Pintura
EN LA PRODIGIOSA IMAGEN
DE NUESTRA Sra. DE GUADALUPE DE MEXICO
*POR DON MIGUEL CABRERA, PINTOR*
DE EL ILLmo. Sr. D. D. MANUEL
JOSEPH RUBIO, Y SALINAS,
Dignísimo Arzobispo de Mexico, y de el Consejo de su Magestad, &c.
A QUIEN SE LA CONSAGRA.
CON LICENCIA:
En Mexico en la Imprenta del Real, y mas Antiguo Colegio de San Ildefonso.
Año de 1756.





5

# Hacer que todo el mundo la ame

Siempre que uno escribe o habla sobre temas espirituales, espera establecer una conexión, decir algo que la gente necesite escuchar, pronunciar palabras que toquen sus corazones y que les den esperanza; palabras que les hagan saber que Dios está cerca.

Recuerdo algo que dijo el Papa Benedicto XVI durante su retiro. Un periodista le preguntó por qué se tomaba la molestia de redactar cada semana su homilía dominical para la Misa que celebraba con el pequeño grupo de personas que atendían su casa. "¿Escribe homilías para cuatro o cinco personas?", preguntó, sorprendido. El Papa rio, diciendo: "¿Por qué no? ¡Claro que sí! Ya sean tres o veinte mil. La Palabra de Dios debe estar siempre presente para la gente".

Pienso mucho en Benedicto, reflexiono sobre sus escritos y pido su intercesión para mi ministerio. Aquel día de abril, de hace ya dieciséis años, cuando él me nombró el siguiente arzobispo de Los Ángeles, sigue siendo una gran bendición en mi vida. Y las palabras mencionadas aquí reflejan una verdad que todos los que formamos parte de la Iglesia debemos tener presente, especialmente aquellos que somos pastores. Nuestro propósito es revelar a Dios, hacer presente su Palabra a la gente de nuestro tiempo. Nunca podemos escribir o hablar a la ligera sobre Jesús ni sobre Nuestra Señora.

Cuando hablamos sobre ella, siempre hemos de buscar que nuestras palabras le rindan un hermoso homenaje. Pero ya se han escrito, dicho y cantado tantas palabras maravillosas sobre ella —por parte de papas y poetas, de santos y místicos— que ¿qué más podríamos añadir? Ella es, en verdad, "el único orgullo de nuestra mancillada naturaleza", como dijo el poeta Wordsworth. O, como dice el *Nican Mopohua*: "mucho admiró en qué manera sobre toda ponderación aventajaba su perfecta grandeza".

Al escribir esta carta, me doy cuenta de lo indigno que se sentía san Juan Diego y de por qué quería que Nuestra Señora enviara a alguien más como mensajero. "porque yo soy un hombre del campo", decía él, "soy mecapal, soy parihuela, soy cola, soy ala, soy gente menuda. Yo mismo necesito ser conducido".

Al concluir estas reflexiones, estoy escribiendo desde una pequeña capilla de Los Ángeles, a más de dos mil millas y casi cuatrocientos noventa y cinco años de distancia de aquel lugar en el que Juan Diego se encontró por primera vez con Nuestra Señora y donde se conserva su milagrosa tilma. Pero él y yo estamos conectados.

Esta capilla, situada en la Catedral de Nuestra Señora de los Ángeles, alberga lo que se cree que es la única reliquia de la tilma: un diminuto rectángulo de su tela, de no más de media pulgada de tamaño. Se encuentra dentro de un relicario de oro y cristal, colocado dentro de una escultura de bronce de San Juan Diego que está realizada en un estilo que evoca el arte indígena. Resulta muy apropiado que la reliquia esté situada a la altura del corazón de Juan Diego.

Tuve el honor de dedicar esta capilla durante mi segundo año como arzobispo, para conmemorar el décimo aniversario de nuestra Catedral. Sus paredes son altas y estrechas, de un brillante color dorado, y tiene un brillante mosaico de Nuestra Señora de Guadalupe, situado en lo alto de la pared del fondo. A veces me gusta venir aquí por las tardes para orar, reflexionar y recogerme, cuando los peregrinos ya se han marchado y reina el silencio.

Con el paso de los años, percibo cada vez con mayor claridad que Nuestra Señora de Guadalupe ha estado presente a lo largo de toda mi vida, acogiéndome con la ternura de su corazón maternal y guiándome con su suave mano. Incluso ahora escucho su voz que me dice: "¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos?". Y comprendo que es así, que siempre ha sido así.

Cuando me trasladé a la Ciudad de México para cursar estudios universitarios, empecé a peregrinar con frecuencia a la basílica para orar ante su imagen. Ya entonces vivía con seriedad mi fe; y desde principios de mi adolescencia había decidido intentar asistir a Misa diariamente, tal como lo hacía mi padre. Esta costumbre marcó mi vida de oración y mi espiritualidad, haciéndome más consciente de aquello a lo que Dios me estaba llamando a realizar en mi vida.

Unos pocos meses después de mi traslado allí, en mayo de 1970, el fundador del Opus Dei —hoy San Josemaría Escrivá— llegó allí en peregrinación para rezar una novena. Tuve el privilegio de formar parte del equipo de filmación encargado de documentar su estancia en el Tepeyac.

Monseñor Escrivá profesaba una gran devoción a María, y su devoción estaba caracterizada por una sencillez casi infan-



til. En su juventud, él solía acudir con frecuencia a la Basílica de Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza, España, en donde se acostumbraba orar para conocer su vocación. Conservaba también en su hogar una pequeña imagen de la Virgen del Pilar ante la cual solía orar. "¡Señora mía, hágase!", decía él. "¡Que se cumpla lo que Dios quiera que yo haga!".

Cuando él visitó la basílica de Nuestra Señora en la Ciudad de México, el mundo atravesaba una época de agitación y confusión, en tanto que la Iglesia afrontaba los desafíos de implementar la doctrina del Concilio Vaticano II. Él comentó que había ido allí para orar por el Papa, por la Iglesia y para pedir orientación sobre su propia vida y ministerio.

Durante nueve días estuvo orando, lo hacía desde un pequeño balcón, lo cual le permitía estar más cerca de la imagen sagrada. Al mirar hacia atrás, hacia aquellos acontecimientos, veo la manera en la que Nuestra Señora actuaba. Durante esos nueve días, mi amor a ella creció y lo que Dios quería para mi vida se hizo evidente. Supe con certeza que quería entregar completamente mi vida a Jesús.

Al finalizar aquellos nueve días, Mons. Escrivá dijo: "Al final, no pedimos nada; simplemente le dijimos a ella, con toda confianza: '¡*Fiat!* ¡Que así sea!'".

Yo también quería vivir así. Y sabía que, por la gracia de Dios y con la ayuda de Nuestra Señora, podía lograrlo.

## ¡SEÑORA MÍA, QUE ASÍ SEA!

Frecuentemente pienso que esa palabra latina *fiat* —"hágase"— que Nuestra Señora le dijo al ángel en la Anunciación, es la más difícil de todas. A nosotros nos resulta muy difícil dejar de lado nuestros planes, nuestra necesidad de sentir que tenemos el control y nuestro deseo de hacer lo que queremos. Nos es muy difícil poner nuestras vidas en manos de Dios y decirle, como María y Jesús lo hicieron: "No se haga mi voluntad, sino la tuya".

Sin embargo, éste es el camino que recorrieron los santos, y todos estamos llamados a ser santos. Y, aun si no somos conscientes de ello, en lo más profundo de nuestro ser, todos deseamos ser santos. Deseamos ser puros, queremos ser perdonados, todos queremos amar y ser amados. Y con la ayuda de Nuestra Señora, podemos lograrlo; podemos llegar a esa santidad que Dios espera de nosotros. Y redescubrimos esta gran verdad en el relato del Tepeyac.

María siempre ha sido la memoria de la Iglesia, tal como sucede con las madres en la familia. Sólo María sabía lo que sucedió antes de que Jesús se convirtiera en una figura pública; conocía todas esas historias que encontramos en las primeras páginas de los Evangelios, los misterios gozosos que rezamos en el Rosario. Estos misterios son los recuerdos de su corazón maternal. "María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón", nos dice San Lucas.

En lo profundo de su corazón inmaculado, María guarda el recuerdo de la Encarnación y de la hermosa realidad que ahí se encierra: que Dios amó tanto a este mundo que, a través de ella, envió a su único Hijo para liberarnos y enseñarnos a vivir de verdad. Para que, por medio de ella, el Verbo se hiciera carne, anonadándose a sí mismo para compartir nuestra humanidad, a fin de que nosotros pudiéramos participar de su divinidad.

María llevó a su Hijo al Nuevo Mundo, tal como lo llevó una vez a casa de su pariente Isabel. Su aparición en el

Tepeyac fue una visitación. Ella vino a nosotros como Madre de nuestro Señor, trayendo las bendiciones del fruto de su vientre.

Y, como lo hizo en el relato bíblico, el alma de María glorificó al Señor en el Tepeyac. "Lo mostraré, lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto", proclamó a los pueblos del continente americano. "Lo daré a las gentes en todo mi amor personal".

Una vez asistí a una fiesta de Navidad en Denver. Por aquel entonces, era yo obispo auxiliar y prestaba también mis servicios como rector de la Catedral Basílica de la Inmaculada Concepción. Era un momento de alegría, ya que todos estábamos preparándonos para la venida de Jesús.

El anfitrión de la fiesta les pidió a los invitados que eligieran un pequeño regalo de una cesta colocada sobre una mesa. Busqué el más pequeño y resultó ser una diminuta imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. Me alegró tenerla y la guardé en mi bolsillo.

A la mañana siguiente, recibí una llamada del nuncio apostólico informándome de que el Santo Padre me había elegido como nuevo arzobispo de San Antonio. Al mirar atrás, veo de nuevo la mano de Nuestra Señora.

Había ejercido mi ministerio sacerdotal en San Antonio durante un tiempo, así que conocía su historia. Sabía que, en 1731, San Antonio se convirtió en el primer lugar de lo que hoy son los Estados Unidos, en contar con una parroquia dedicada a Nuestra Señora de Guadalupe.

Aquella primera parroquia llegó a ser la Catedral de San Fernando, sede de la Arquidiócesis donde yo celebraría la Eucaristía y predicaría cada domingo. Durante mi estancia allí, tuve el orgullo de conmemorar el 275º aniversario de esa catedral, promulgando un año jubilar.

Todavía conservo aquella pequeña imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. Y fue precisamente durante aquellos años que pasé en San Antonio cuando empecé a reflexionar sobre las historias de los grandes misioneros y sobre las profundas raíces católicas de Estados Unidos.

No me canso de decirlo: como Iglesia y como nación, tenemos que recuperar la conciencia de los fundamentos espirituales de Estados Unidos y del resto del continente americano. La parroquia que se convirtió en la Catedral de San Fernando fue fundada un año antes de que naciera el primer presidente de los Estados Unidos y cuarenta y cinco años antes de la Declaración de Independencia. Nuestra Señora de Guadalupe ya era venerada en esta tierra una generación antes de que este país tuviera siquiera un nombre.



## ¡VIVA CRISTO REY Y NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE!

Al orar ante su reliquia, reflexiono sobre la manera en la que Nuestra Señora de Guadalupe sigue actuando en la historia de nuestro país y en la historia de todas las naciones del continente americano.

Esta reliquia fue un regalo que le hizo a mi predecesor —el Arzobispo John J. Cantwell— el arzobispo de la Ciudad de México, el Siervo de Dios Luis María Martínez. El Arzobispo Martínez fue un santo sacerdote y un escritor de espiritualidad. Fue también un héroe silencioso de la resistencia de la Iglesia frente a las persecuciones que siguieron a la Revolución Mexicana de 1917. Siempre admiré las primeras palabras que le dirigió a su pueblo: "Vengo a prometerles una cosa: que les entregaré mi vida".

Durante las persecuciones de las décadas de 1920 y 1930, el Arzobispo Cantwell fue otro héroe silencioso que, colaboró con los Caballeros de Colón y con otras organizaciones laicas, acogiendo a miles de refugiados que huían del terror y los ayudó a hacer de Los Ángeles su nuevo hogar. En 1941, el Arzobispo Martínez le entregó este preciado fragmento de la tilma como una muestra de gratitud por su valentía y por su amistad con el pueblo mexicano.

La represión que hubo en México fue la persecución más prolongada y violenta del estado en contra de la Iglesia católica en toda la historia de las Américas. Decenas de miles de personas fueron asesinadas a causa de su fe. Lamentablemente, esta historia ha caído, en gran medida, en el olvido, incluso entre destacados miembros de la iglesia católica de México y de Estados Unidos.

Ahora que estoy redactando este escrito, los obispos mexicanos acaban de publicar un hermoso mensaje en recuerdo del centenario de la ley anticatólica que dio pie a dicha persecución. Esta ley penalizaba gran parte de la labor y del ministerio de la Iglesia y sometía a los sacerdotes al control estatal, prohibiendo concretamente el culto público. Por primera vez en casi cuatro siglos, los sagrarios de todo el país quedaron vacíos de la presencia de Cristo. Se confiscaron iglesias, seminarios, conventos y otras propiedades eclesiásticas, muchas de las cuales fueron expropiadas clausuradas, profanadas o destruidas.

Los sacerdotes fueron ejecutados por pelotones de fusilamiento y algunos de ellos fueron acribillados mientras celebraban la Misa. Las religiosas fueron expulsadas del país. Los católicos ordinarios —incluso adolescentes— fueron encarcelados, torturados y asesinados. El régimen colgó a muchas de sus víctimas en los postes de telégrafo que había a lo largo de las carreteras.

En un momento decisivo de la revolución, el gobierno

conspiró para arrancar de raíz la fe del pueblo mexicano intentando destruir la imagen milagrosa de Nuestra Señora de Guadalupe. En noviembre de 1921, un hombre vinculado a la cúpula revolucionaria ocultó una bomba dentro de un arreglo floral y lo colocó bajo la imagen, en la antigua basílica del Tepeyac.

Cuando estalló la bomba, destruyó el altar, destrozó el mármol del suelo y resquebrajó los ventanales del santuario; la fuerza de la explosión causó daños en edificios situados en un radio de media milla. Los candelabros y el crucifijo de bronce que había sobre el altar quedaron retorcidos y deformados. Pero la tilma permaneció intacta; sin que el cristal del nicho ni su marco sufrieran siquiera un rasguño. Hoy en día, puede todavía verse el crucifijo deformado, expuesto en la parte posterior del santuario de la nueva basílica. Lo llaman *El Cristo del Atentado*.

Los revolucionarios pensaban que podrían borrar la memoria del catolicismo del alma de los mexicanos, pero se equivocaban.

Yo crecí en Monterrey, en la generación que siguió a aquellas persecuciones. Conocíamos los mártires y sus historias. Sabíamos que, por cada mártir que podíamos nombrar, había innumerables santos ocultos cuyo testimonio heroico fue conocido sólo de Dios. Y muchos de ellos eran padres, madres y abuelos comunes y corrientes.

Conocíamos las palabras que aquellos testigos tuvieron en sus labios cuando se dirigían hacia la muerte: "¡Viva Cristo Rey y Nuestra Señora de Guadalupe!". Y queríamos vivir conforme a esas palabras.

## EL PUEBLO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES

Cuando asumí el cargo de arzobispo de Los Ángeles en marzo de 2011, me di cuenta de hasta qué punto la persecución ocurrida en México había dejado huella en la familia de Dios de este lugar, así como había sucedido en San Antonio y en otras iglesias locales de todo el suroeste.

Por supuesto que la Iglesia de Los Ángeles está integrada por gente proveniente de casi todos los países del mundo, especialmente de los países del continente americano; sin embargo, siempre ha tenido un vínculo especial con la Iglesia de México. Este vínculo se vio fortalecido gracias a la hospitalidad del Arzobispo Cantwell. Los refugiados que acogió se convirtieron en vecinos, compañeros de trabajo, feligreses, maestros y líderes parroquiales y comunitarios en esta ciudad, y aportaron sus propios dones a una cultura católico-mexicana que estaba, ya de por sí, llena de vitalidad.

Este legado hace que Los Ángeles sea una ciudad distinta y que nuestra Iglesia sea única. Esto me sigue impresionando siempre que recorro la arquidiócesis. La generación original de refugiados está desapareciendo, pero perdura su legado de fe, su trabajo arduo y sus sacrificios. Lo veo en ustedes, así como también en sus hijos, nietos, y en nuestras iglesias, escuelas y comunidades.

Es de una belleza indescriptible poder ver el amor que le tienen a Jesús y a su Madre, a sus familias y a la Iglesia. Ha sido un motivo de gran alegría para mí, orar con ustedes, celebrar para ustedes la Eucaristía, bautizar, confirmar y casar a sus hijos, así como también celebrar los aniversarios de sus padres y de sus abuelos durante estos últimos quince años. Me llena de alegría el escucharlos cantar y disfruto mucho de nuestras conversaciones y de las comidas que compartimos.

Y en el centro de sus hogares yo encuentro siempre a Nuestra Señora de Guadalupe, igual que cuando ella estuvo presente como eje de mi hogar y de mi familia cuando yo iba creciendo. Todos somos *guadalupanos*, queridos hijos e hijas de Nuestra Señora. ¡Sigan amándola como ella los ama a ustedes! ¡Sigan enseñándoles a sus hijos y a los hijos de sus hijos a que también la amen!

San Junípero Serra y sus hermanos Franciscanos le dieron a esta ciudad de Los Ángeles el nombre de aquella pequeña ig-



lesia de Asís, Italia, en la que San Francisco escuchó por vez primera el llamado de Jesús. Y le llamaron a esta ciudad "El Pueblo de Nuestra Señora de los Ángeles de la Porciúncula".

Los Ángeles es, sin duda, la Ciudad de Nuestra Señora de los Ángeles. Pero Los Ángeles es también la Ciudad de Nuestra Señora de Guadalupe. Al recorrer esta ciudad, uno encuentra a Nuestra Señora de Guadalupe por todas partes, y con frecuencia en los lugares más inesperados. Los Ángeles es la gran ciudad del arte urbano, así que encuentra uno murales de la Virgen en las paredes de los negocios y centros comunitarios, en los callejones y estacionamientos. Se la ve en la panadería, en la mueblería, en el autolavado, en la pollería, en la florería.



Nuestra Señora nos acompaña cuando empujamos nuestros carritos hacia el mercado, cuando llevamos a nuestros hijos a la escuela y cuando vivimos nuestra vida cotidiana. En estas calles y aceras se puede sentir su amor, y lo mucho que dependemos de ella. Ella nos contempla desde esos murales como diciéndonos: "¿No estoy aquí yo, que soy tu madre? ¿no estás bajo mi sombra y resguardo?".

En diciembre, guiaré nuestra 95o procesión anual en honor de Nuestra Señora de Guadalupe. Se trata de la festividad religiosa más antigua de la ciudad, iniciada en 1931 por las familias que huyeron de las persecuciones en México.

Me encanta esta festividad porque es una maravillosa celebración que pone de manifiesto la diversidad de la familia de Dios presente en este lugar. Ese día, toda la Iglesia sale a la calle, los obispos y los sacerdotes, los diáconos y los seminaristas, los religiosos y las personas consagradas; participan también danzantes indígenas, grupos de jinetes, cantantes y músicos, además de miles de fieles, desde bisabuelos hasta bebés que son llevados en brazos de sus madres. Todos acudimos a darle gracias a Nuestra Señora de Guadalupe, recorriendo en procesión las calles del este de Los Ángeles hasta reunirnos finalmente para una alegre celebración de la Eucaristía en el estadio de fútbol americano de la universidad local, ¡debido a que ninguna iglesia es lo suficientemente grande para acogernos a todos!

## UNA CIUDAD DE SANTOS

Los Ángeles es una ciudad de santos, y nuestros santos locales han nacido del corazón de Nuestra Señora de Guadalupe.

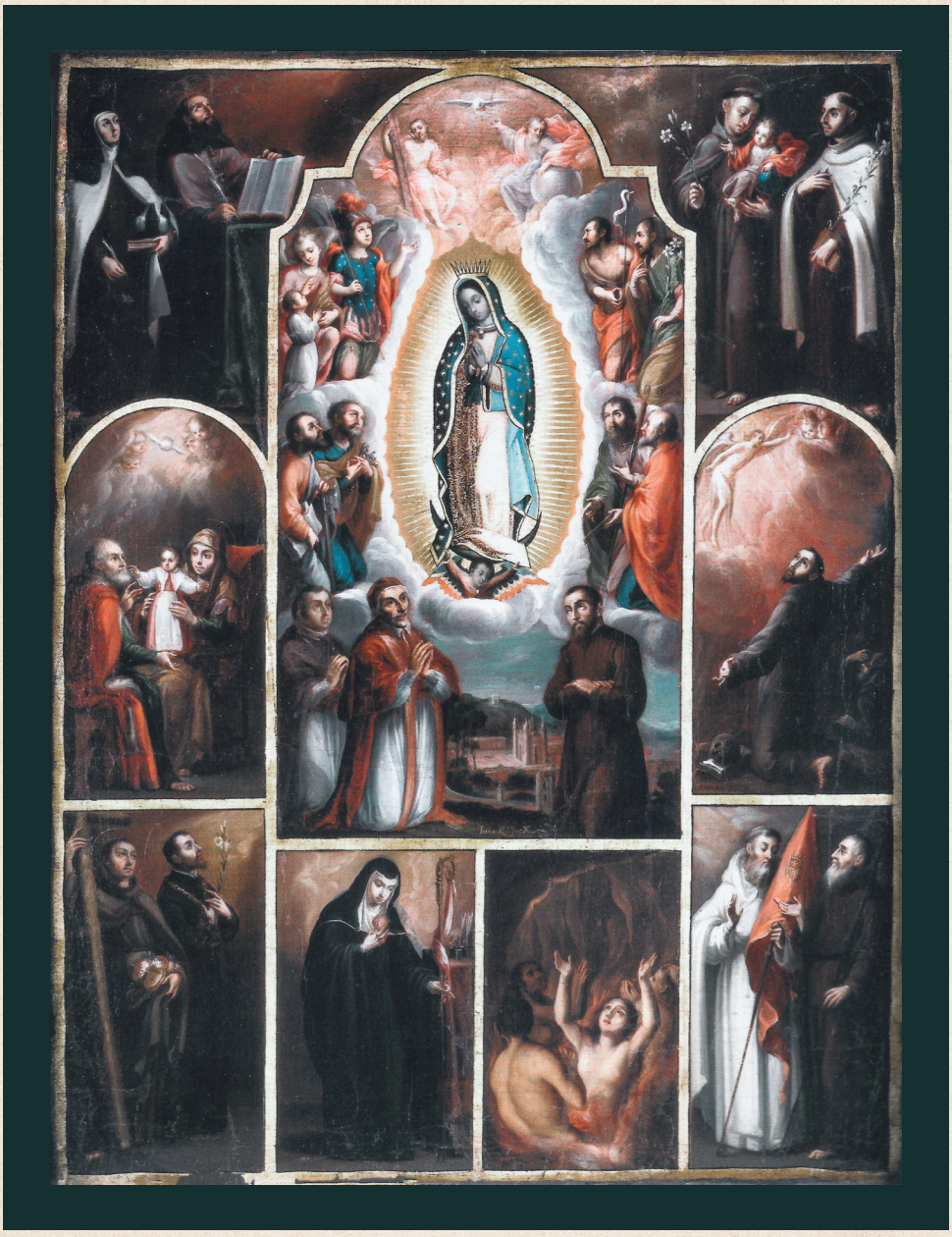
La primera santa local que descubrí aquí fue una mujer mexicana, refugiada de las persecuciones, de quien me habló un amigo poco después de mi llegada a Los Ángeles: la Venerable Madre María Luisa Josefa del Santísimo Sacramento, a quien llamaban Madre Luisita.

Ella fue esposa y viuda, procedente de un medio acomodado, quien entró como monja contemplativa y dirigió hospitales y orfanatorios para los pobres antes de verse obligada a ocultarse en la clandestinidad a causa de la represión. Al volverse exiliada en Los Ángeles, la Madre Luisita y sus hermanas ejercían aquí su ministerio, sin recibir remuneración, enseñando a los niños y atendiendo a los pobres y a los enfermos.

La Madre Luisita fundó la congregación de las Hermanas Carmelitas del Sagrado Corazón de Los Ángeles, cuyo ministerio y oración siguen moldeando el carácter espiritual de nuestra Iglesia local, y cuya amistad he valorado profundamente como una bendición durante mis años de estancia aquí.

Gran parte de su legado espiritual fue transmitido a través de cartas escritas en el reverso de sobres y en trozos de papel, que se llevaban en secreto a través de la frontera hasta llegar a

*Los Ángeles es, sin duda, la Ciudad de Nuestra Señora de los Ángeles. Pero Los Ángeles es también la Ciudad de Nuestra Señora de Guadalupe.*



las hermanas que continuaban su labor en México. En estas cartas resplandece la devoción que la Madre Luisita le tenía a Nuestra Señora de Guadalupe.

Ella animaba a sus hermanas a permanecer siempre cerca de Nuestra Señora durante el exilio: "Ustedes la aman muchísimo. Ofrézcanle, pues, todos los regalos que puedan, aun si ahora se encuentran en otro país. Sean fieles a una madre y reina de nuestra nación tan llena de amor".

Recurrí a los escritos de la Madre Luisita durante la primera Misa que celebré en la Catedral de Nuestra Señora de los Ángeles, cuando fui recibido como arzobispo coadjutor de Los Ángeles en mayo de 2010:

La Venerable Madre Luisita solía decirles a todos: "¡Has nacido para cosas grandes!". ¡Y así es, amigos míos! Ésa es la buena nueva que estamos llamados a proclamarle a nuestra ciudad, a nuestro país, a todo el continente y al mundo. ¡Hemos nacido para cosas grandes! Cada uno de nosotros ha sido creado para el amor y para cosas grandes y maravillosas. ¡No hay alma que Dios no anhele alcanzar con este mensaje de su amor! Y Él quiere llegar a esas almas a través de nosotros.

Nuestra Señora de Guadalupe le reveló esta hermosa realidad al continente americano, apenas unas décadas después de la llegada de los exploradores y misioneros de Europa. Y esta verdad sigue resonando desde el corazón de la imagen sagrada que ella nos dejó; esa promesa del amor salvador de Dios aún perdura: "Lo daré a las gentes en todo mi amor personal, en mi mirada compasiva, en mi auxilio, en mi salvación".

Los Ángeles es, más que nunca, una ciudad de santos. Y ustedes y yo pertenecemos a la siguiente generación de testigos del Dios vivo, del Dios amoroso que viene a salvarnos.

Como la Madre Luisita y los santos locales que nos precedieron y que nos acompañan, hemos de amar profundamente a Nuestra Señora de Guadalupe. Hemos de poner todos nuestros dones al servicio de su misión. Tenemos que acogerla como la madre y reina de nuestra nación. Ahora es a nosotros quienes corresponde darle continuidad a su promesa.

## QUE LOS PUEBLOS DE LAS AMÉRICAS ESCUCHEN ESTE SANTO CLAMOR

Al orar ante esta santa reliquia, recuerdo esas palabras de la Escritura que dicen: "Hermanos: Rodeados, como estamos, por la multitud de antepasados nuestros… [corramos] con perseverancia la carrera que tenemos por delante, fija la mirada en Jesús, autor y consumador de nuestra fe".

Nosotros avanzamos tras las huellas de Jesús y también en compañía de la gran multitud de testigos que corrieron esta carrera antes que nosotros, los cuales vivieron y murieron

dando testimonio de Cristo Rey y de Nuestra Señora de Guadalupe.

Pienso ahora en el beato Anacleto González Flores. Él fue un abogado, catequista, esposo y padre de dos hijos. Y durante las persecuciones de México, fue torturado por su fe; su cuerpo fue golpeado y destrozado, y la planta de sus pies, desollada. Antes de ser atravesado por una bayoneta, perdonó a sus verdugos. Y los testigos relatan que sus últimas palabras fueron: "¡Oigan las Américas este santo grito: ¡Yo muero, pero Dios no muere!¡Viva Cristo Rey!".

Al acercarnos al 500º aniversario de las apariciones de Guadalupe, la Iglesia es llamada, una vez más, a hacer resonar este santo clamor en todo el continente americano.

Vivimos un momento en el que la fe en Dios se está desvaneciendo en nuestra nación y en todo el hemisferio. Nuestras sociedades se van secularizando cada vez más con el paso de los años y muchos de nuestros prójimos, al igual que, lamentablemente, muchos de nuestros jóvenes viven como si Dios no existiera.

Nuestro Santo Padre, el Papa León XIV, nos advierte que estamos, también, enfrentando una nueva revolución industrial.

La revolución de la inteligencia artificial trasciende la tecnología y la economía, y transformará la manera en la que la gente percibe el mundo pues los llevará a cuestionarse entre lo que es real y verdadero y lo que no lo es. Está en juego el futuro de lo que significa ser humano, de lo que significa estar vivo.

Ya es posible ver señales de esto en torno nuestro: sin Dios, el mundo pierde su sentido, la vida humana pierde su medida y su propósito, la gente experimenta una soledad indescriptible y llega a no saber para qué vive o cuál es el sentido de su existencia. Y a medida que nos alejamos más de Dios, surgen nuevas injusticias y nuevas crisis en nuestras sociedades. Sin embargo, en ellas hay, también, un nuevo anhelo de verdad, de belleza y de bondad. Nuestro prójimo busca amor y sentido; buscan a Dios, especialmente nuestros jóvenes.

Entre todas estas luces y sombras, éste es el "nuevo mundo" en el que estamos llamados a vivir nuestra fe, y en el que nuestros hijos formarán sus familias y transmitirán la fe. Éste es el nuevo territorio de misión que la Iglesia católica del continente americano está llamada a evangelizar.

El Papa León nos invita a renovar nuestro deseo de llevar a plenitud nuestra misión en el continente americano, a redescubrir y difundir el mensaje que Nuestra Señora trajo consigo en los albores de la evangelización de nuestro continente.

"En el Tepeyac, ella despierta en los habitantes de América la alegría de saberse amados por Dios", dijo el Santo Padre. Nuestra tarea es ahora continuar la labor de aquellos primeros evangelizadores en quienes, dice el Santo Padre, "el mensaje de Guadalupe se convirtió en impulso misionero".

En nuestra misión, estamos rodeados de esa gran multitud de testigos, de esos hombres y mujeres santos del continente americano:

— contemplativas como Rosa de Lima, Dina Bélanger, Mariana de Quito y Teresa de los Andes;

— pastores como Toribio de Mogrovejo, Junípero Serra, François de Laval, Rafael Guízar y Valencia, John Neumann y Ezequiel Moreno;

— servidores de los pobres y sufrientes como Pedro Claver, Martín de Porres, Juan Macías, Damián de Molokai, Marianne Cope, Alberto Hurtado, Rose Philippine Duchesne, Dulce dos Pobres y Pedro de San José Betancur;

— grandes fundadores y maestros como Frances Cabrini, Elizabeth Ann Seton, Katharine Drexel, Marguerite Bourgeoys, Marguerite d'Youville y María Antonia de Paz y Figueroa ("Mamá Antula");

— servidores y mensajeros indígenas como Juan Diego y Kateri Tekakwitha;

— misioneros como Francisco Solano, José de Anchieta, Alonso de Barzana, Laura Montoya, José Gabriel del Rosario Brochero y Antonio Margil de Jesús;

— mártires como Roque González y sus compañeros, Isaac Jogues, Jean de Brébeuf y sus compañeros, Felipe de Jesús, Miguel Pro, Óscar Romero y José Sánchez del Río.



Y hay muchos más, pues la promesa de la aparición en Guadalupe ha dado frutos de santidad durante cinco siglos y a través de estos continentes, tanto en santos y mártires, misioneros y místicos, como en servidores de los pobres y defensores de la dignidad humana. Las vidas de ellos son un testimonio de que Nuestra Señora de Guadalupe nunca ha abandonado a sus hijos del continente americano. Pero la misión iniciada en el

Tepeyac no ha terminado.

Y ahora, el testimonio de ellos se nos transmite a nosotros.

Ese santo clamor debe hacerse nuestro y debemos hacerlo resonar de nuevo a través de todo el continente americano: ¡Dios vive! Sus bondades no han terminado y sus misericordias no se han agotado. Su plan de amor sigue desplegándose en nuestro tiempo.

## SU TILMA SE CONVIRTIÓ EN SEÑAL

El misterio del Tepeyac, el misterio del plan de Dios para las Américas, se encuentra revelado en la imagen milagrosa que se encuentra todavía detrás del altar de aquel lugar.

El *Nican Mopohua* nos dice que cuando Juan Diego abrió su blanca tilma y las flores cayeron al suelo, "luego allí se convirtió en señal". La tilma no es simplemente una imagen, una representación o un cuadro que simbolice a la Virgen. En la tilma, Nuestra Señora de Guadalupe se nos entrega a sí misma.

Los miles de indígenas que viajaron durante muchos días y semanas para ver esta imagen y bautizarse lo comprendieron. No se convirtieron a causa de una pintura. A través de la imagen, ellos llegaron a un verdadero encuentro con la Madre de todos los vivientes, con la Madre del Dios Verdadero, que los amaba y que vino para permanecer con ellos.

Los millones de personas que acuden cada año en masa al Tepeyac no vienen a contemplar la imagen de una exposición. Vienen buscando ese mismo encuentro, quieren encontrarse con la Madre de Dios, contemplar a su propia madre. En la sagrada tilma, nosotros nos vemos envueltos por el amor del Dios vivo y verdadero, a quien ella nos trae.

*¡Luego allí se convirtió en señal!* Y sigue siéndolo, pues la imagen sagrada es el mensaje de Guadalupe.

El padre Bartolomé Felipe de Ita y Parra fue un sacerdote mexicano y uno de los grandes predicadores de la Nueva España, y el 12 de diciembre de 1731, pronunció un impactante sermón con motivo del bicentenario de las apariciones.

Al estar predicando en la antigua basílica y ante la presencia de la sagrada tilma, calificó la imagen de "aparición continua", mediante la cual la presencia de Nuestra Señora perdura a través de los siglos.

Ella es "la Señora de todas las Épocas y la Reina de los Siglos", y la santa tilma es una obra de arte celestial. "Esa hermosa imagen", dijo, "resume en sí misma todo el tiempo: une todos los años y contiene todos los siglos".

El padre Ita y Parra creía en el poder de la sagrada tilma para sanar los corazones, para salvar almas y para convertir a las naciones. Y nosotros también deberíamos creerlo.

"Esta santa imagen se convirtió en el maravilloso instrumento de su conversión [de los nativos]", nos recuerda él. Y ahora que nos acercamos a este 500º aniversario, ojalá creamos en el poder de esta santa imagen para tocar nuevamente los corazones y para llevar a la gente a Dios.

La tilma es más que una tela pintada. Es un ícono del continente americano, es la maravilla de América. *Luego allí se convirtió en señal*. Y sigue siéndolo.



## LLEVA CONTIGO LA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

Hay otra santa más de Los Ángeles cuya historia quiero contarles, porque su vida nos enfoca, nuevamente en la esencia de lo que he estado tratando de expresarles. Ella también fue una refugiada que huía de las persecuciones en México. Fue una mística y una misionera, y su vocación nació en el corazón de Nuestra Señora de Guadalupe. Ella es la Beata María Inés Teresa Arias.

Su historia es muy hermosa por su gran sencillez. Manuelita, como la llamaban, nació en 1904 y creció en una familia católica numerosa de Nayarit, México, siendo la quinta de ocho hijos. Asistía diariamente a misa con su padre y trabajaba en un banco. Participaba activamente en su parroquia, tenía un corazón sensible a las necesidades de los pobres y disfrutaba de la compañía de sus amigos y familiares.

Cuando Manuelita tenía 20 años, una prima le regaló la autobiografía de "la Florecilla", es decir, de Santa Teresa de Lisieux. Desde entonces, sintió un profundo deseo de consagrar su vida a Jesucristo. "No sólo encontré mi vocación", diría más tarde, "sino que encontré dentro de mí a Dios de una manera muy especial".

Ingresó en la orden de Clarisas de la Ciudad de México, justo cuando arreciaba la persecución contra la Iglesia. Y en 1929, ella y sus compañeras clarisas fueron obligadas a exiliarse y llegaron a Los Ángeles.

La Beata María Inés profesó sus votos temporales en una de nuestras iglesias de misión, el 12 de diciembre de 1930, en el 399º aniversario del día en que Nuestra Señora hizo la entrega de la sagrada tilma. De rodillas ante la imagen de la Virgen, ella la escuchó hablarle al corazón, prometiéndole acompañarla y apoyarla en todas sus labores apostólicas.

"Ese día, [Nuestra Señora] me hizo una promesa", dijo ella.

"Y yo le prometí solemnemente, en lo más profundo de mi corazón, que haría que todo el mundo la amara".

Al regresar a México en 1931, fundó una nueva orden religiosa: las Hermanas Clarisas Misioneras del Santísimo Sacramento. Y a sus hermanas les encomendó la siguiente misión: "Llevar la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe para que ella, con su maternal ternura, hiciera que su Divino Hijo habitara en los corazones de aquellos que tienen hambre de Dios sin saberlo".

Durante los siguientes cincuenta años, la Madre María Inés hizo precisamente eso. Ella y sus hermanas llevaron la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe hasta los confines de la tierra, estableciendo misiones en México, Japón, Costa Rica, África, India, Rusia y otros lugares.

Su orden sigue dando frutos aquí, en Los Ángeles. Y creo que la Beata María Inés nos ofrece una hermosa manera de reflexionar sobre nuestra propia vocación de discípulos.

Nos acercamos a dos grandes aniversarios: en 2031, el Jubileo de Nuestra Señora de Guadalupe; y en 2033, el Jubileo Extraordinario que conmemora los 2000 años de la muerte y resurrección de Nuestro Señor. Ahora que se aproximan estos grandes jubileos, es tiempo de renovar nuestra fe y de asumir nuestra misión.

Ha llegado el momento de vivir nuestra fe con corazones atentos, con una seriedad renovada y con una nueva alegría; es también tiempo de profundizar en la oración y el estudio, de crecer en el conocimiento y el amor a Jesús y a su Madre, y de asumir con mayor plenitud nuestra responsabilidad de difundir la fe y de llevar a los demás a Jesús.

Es también tiempo de renovar nuestro compromiso con la misión continental, con la evangelización del continente americano, empezando por nuestro propio país. ¡Misiones y más misiones! Eso es lo que sigue necesitando nuestro país, tal como decía San Junípero Serra.

Cada uno de nosotros debe llevar la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe al mundo actual: a nuestros hogares y vecindarios, a los lugares en los que trabajamos y estudiamos, y a todos los ámbitos de nuestra sociedad. Necesitamos hacer que esta imagen sea, una vez más, un instrumento divino para la conversión de los pueblos de nuestras tierras. ¡Tenemos que llevar a Jesucristo a cada uno de los corazones que tiene hambre de Dios! ¡Y hemos de hacer que Nuestra Señora sea amada en todo el mundo!

Desde el Tepeyac, Nuestra Señora de Guadalupe sigue llamándonos a que la ayudemos a construir su templo en este nuevo mundo, a dar a conocer al Dios vivo y a mostrarles a nuestros hermanos el camino para encontrarlo.

Quinientos años después de su aparición, Nuestra Señora de Guadalupe sigue buscando mensajeros. Que cada uno de nosotros le responda con toda su vida: *"con todo gusto iré a poner por obra tu aliento, tu palabra; de ninguna manera lo dejaré de hacer, ni estimo por molesto el camino"*.

## MADRE DEL AMOR HERMOSO

Los que formamos parte de Iglesia, deberíamos terminar todo lo que hacemos —nuestras oraciones, nuestra enseñanza, nuestra predicación y todas nuestras labores apostólicas— volviéndonos hacia Nuestra Señora. Nuestra última palabra debe ser siempre una oración dirigida a ella.

Oren por mí, y yo oraré por ustedes. Y ofrezco esta oración por todos nosotros, los *guadalupanos*, la familia de Dios que vive aquí en la Arquidiócesis de Los Ángeles.





# *Oración Nuestra Señora de Guadalupe*
# *Con motivo del 500º aniversario de sus apariciones*

Oh María Santísima de Guadalupe, madre nuestra.

Te amamos y te entregamos nuestros corazones.
Dirige hacia nosotros tu mirada misericordiosa.

Sé la fuente de nuestra alegría y protege a nuestras familias.
Colma de amor nuestros hogares y mantén a nuestros hijos
siempre cerca de tu Hijo.

Guíanos mientras difundimos tu mensaje
y continuamos tu misión en las Américas.
Ayúdanos a escuchar el clamor de los pobres
y a llevar a Jesús a cada corazón que tiene sed de Él.

Ayúdanos a ser santos como Juan Diego
y haz de nuestros corazones otro Tepeyac:
un lugar en el que resplandezca tu imagen y viva Jesús,
y donde su amor se extienda para abrir camino
a nuestros hermanos y hermanas.

Reza por nosotros y haz que nada perturbe nuestros corazones.
Llévanos a la cima del cerro,
para que podamos ver la Tierra de las Flores,
ese hermoso paraíso del cielo
en donde viviremos para siempre contigo y con tu Hijo,
en ese amor que no tiene fin.

Te lo pedimos en nombre de Jesús.
¡Oh Señora Nuestra, que así sea!

# Fuentes y notas

**1 Ahí tienes a tu madre**

*Nican Mopohua* Traducción y numeración del Instituto Superior de Estudios Guadalupanos, bajo la supervisión de Mons. Eduardo Chávez; en Carl A. Anderson y Mons. Eduardo Chávez, *Our Lady of Guadalupe: Mother of the Civilization of Love*, prefacio del arzobispo José H. Gómez (Doubleday, 2017 [2009]), 171–183.

*Ahí tienes a tu madre* Juan 19, 26–27; *Catecismo*, 2677, 2679.

*Me llamarán dichosa todas las generaciones* Lucas 1, 48

*Sobre las revelaciones privadas y las apariciones marianas* Frederick M. Jelly, O.P., *Madonna: Mary in the Catholic Tradition* (Our Sunday Visitor, 1986), 190–195; Dicasterio para la Doctrina de la Fe, *Normas para proceder en el discernimiento de presuntos fenómenos sobrenaturales* (17 de mayo de 2024), presentación y págs. 10–23; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 67.

*Nacido de una mujer* Gál 4, 4; Ef 1, 10.

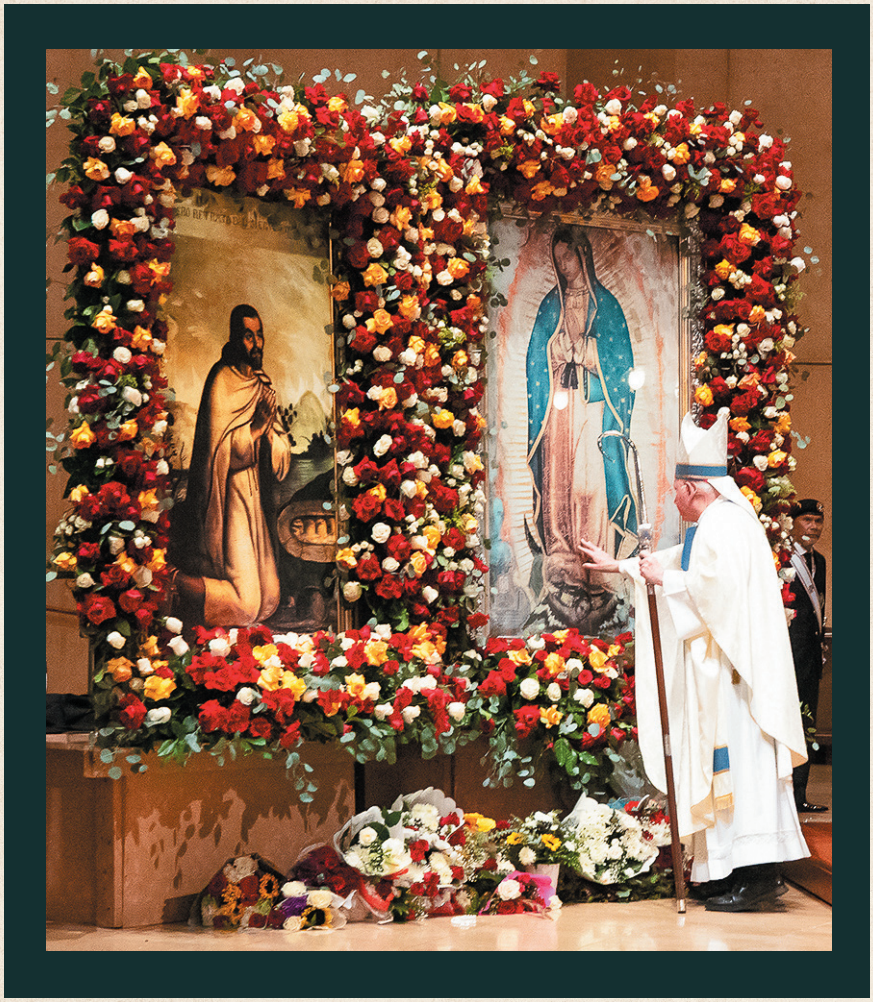
*La vocación de la humanidad* Rom 6, 4; 8, 21. 29; Jn 1, 12–13; 1 Jn 3, 1–2. *Catecismo*, 1877; 2085.

*Todas sus obras apostólicas* *Francisco Palou's Life and Apostolic Labors of the Venerable Father Junípero Serra* (1787) (Applewood, 2016), 19; Maynard Geiger, "Junípero Serra, O.F.M., in the Light of Chronology and Geography (1713–1784)", *The Americas* 6:3 (1950): 290–333.

*Uno de los padres fundadores* Pope Francis, Homily at the Pontifical North American College (2 de mayo de 2015).

*Missions, my Lord* St. Junípero Serra, *Letter* 129 (22 de agosto de 1778), en *Writings of Junípero Serra*, ed. Antonine Tibesar, 4 vols. (Academy of American Franciscan History, 1956) 3:249–255, en 255; trad. en Rose Marie Beebe y Robert M. Senkewicz, *Junípero Serra: California, Indians, and the Transformation of a Missionary* (University of Oklahoma, 2015), 357.

*Nican Mopohua history* Anderson y Chávez, *Our Lady of Guadalupe*, 171–172; Eduardo Chávez, *Our Lady of Guadalupe and Saint Juan Diego: The Historical Evidence* (Rowman & Littlefield, 2006), 96–97.



**2 El corazón mariano de América**

*Colón era un hombre de fe* Leonard I. Sweet, "Christopher Columbus and the Millennial Vision of the New World", *The Catholic Historical Review* 72:3 (julio de 1986): 369–382; Pauline Moffitt Watts, "Prophecy and Discovery: On the Spiritual Origins of Christopher Columbus's 'Enterprise of the Indies de Cristóbal Colón", *The American Historical Review* 90:1 (February 1985): 73–102;

*El nuevo mundo que Jesús prometió* Mt 19, 28.

*Jesús volvería* Hch 1, 8; Mt 19, 28; 1 Cor 15, 24; 2 Pe 3, 13; Ap 11, 15; 19, 16.

*Ven. María de Ágreda* Marilyn Fedewa, *María de Ágreda: Mystical Lady in Blue* (University of New Mexico, 2010); Clark Colahan, *The Visions of Sor María de Agreda* (University of Arizona, 1994).

*Santa Teresa de Ávila* Joseph F. Chorpenning, "Icon of Family and Religious Life: The Historical Development of the Holy Family Devotion", en *The Holy Family as Prototype of the Civilization of Love: Images from the Viceregal Americas* (St. Joseph's University, 1996), 3–39, en 21; Christopher Chadwick Wilson, "St. Teresa of Ávila's Holy Patron: Teresian Sources for the Image of St. Joseph in Spanish American Colonial Art", en *Patron Saint of the New World: Spanish Colonial Images of St. Joseph*, ed. Joseph F. Chorpenning (St. Joseph's University, 1992), 5–18, en 12.

*The day of the world is already reaching* John Leddy Phelan, *The Millennial King-*

*dom of the Franciscans in the New World*, 2.ª ed. rev. (University of California, 1970), 23–24. Robert Ricard, *The Spiritual Conquest of Mexico: An Essay on the Apostolate and the Evangelizing Methods of the Mendicant Orders in New Spain*, 1523–1572 (University of California, 1974).

*Nacido de la misión cristiana* Ef 3, 9; Mt 28, 19–20; Mc. 16, 15; Lc. 24, 47.

*«La historia de todas las naciones está llamada»* Pope John Paul II, *Memory and Identity: Conversations at the Dawn of a Millennium* (Rizzoli, 2005), 72.

*Los signos de los tiempos* Mt. 16, 3; San Juan XXIII, *Humanae Salutis* ("Salvación Humana"), Constitución apostólica para la convocatoria del Concilio Vaticano II (25 de diciembre de 1961); Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes* ("Gozo y esperanza"), Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual (7 de diciembre de 1965), 4, 11.

*Marcó todos los años posteriores de mi pontificado* Pope John Paul II, Rise, *Let Us Be On Our Way* (Warner, 2004), 54–56.

*El corazón mariano de América* Papa Juan Pablo II, Homilía en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe (23 de enero de 1999).

*Aprender de los errores del pasado* Papa Juan Pablo II, Mensaje a los indígenas de Santo Domingo (13 de octubre de 1992); Homilía en Phoenix, Arizona (14 de septiembre de 1987);*Tertio millennio adveniente* ("Al acercarse el tercer milenio"), Carta apostólica sobre la preparación para el Año Jubilar del 2000 (10 de noviembre de 1994), 33, 35. Luigi Accattoli, *When a Pope Asks Forgiveness: The Mea Culpa's of John Paul II* (Alba House, 1998), 157–164.

*La conquista española fue una catástrofe* Christopher Shanon, *American Pilgrimage: A Historical Journey through Catholic Life in a New World* (Ignatius, 2022), 11–78; Kevin Starr, *Continental Ambitions: Roman Catholics in North America* (Ignatius, 2016), 21–67.

*The Dominican friar Antonio de Montesinos* J. Augustine Di Noia, O.P., Rigans Montes de Superioribus: Divine Wisdom in Teaching and Learning, Angelicum 98:4 (2021): 401–410, en 407–408.

*El amor los impulsaba* 2 Cor 5, 14.

*Sobreabundó la gracia* Rom 5, 20.

El obispo Zumárraga Eduardo Chávez, *Our Lady of Guadalupe and Saint Juan Diego: The Historical Evidence* (Rowman & Littlefield, 2006), 1–8; Special Issue Dedicated to the Memory of Don Fray Juan de Zumárraga, First Bishop and Archbishop of Mexico: Lewis Hanke, The Contribution of Bishop Juan de Zumárraga to Mexican Culture, 275–282; Carlos E. Castañeda, "Fray Juan de Zumárraga and Indian Policy in New Spain", 296–310; Fidel de J. Chauvet, "Fray Juan de Zumárraga, Protector of the Indians", 283–295. Donald V. Kurtz, "The Virgin of Guadalupe and the Politics of Becoming Human", *Journal of Anthropological Research* 38:2 (Summer 1982): 194–210.

*Una serie de fenómenos naturales insólitos* Pablo Kay, "Understanding the key to the Guadalupe miracle", *Angelus* (7 de diciembre de 2018): 10–13.

*La mujer del Magnífícat* Lucas 1, 46–55.

*The Flower World* Joseph Julian González y Monique González, *Guadalupe and the Flower World Prophecy: How God Prepared the Americas for Conversion Before the Lady Appeared* (Sophia Institute, 2023), 191.

**3 Su nombre era Juan Diego**

*Dios elige a los débiles* 1 Corintios1, 27–28.

*Los grandes llamados en la historia bíblica* Gén 12, 1–9; 1 Sam 3; Is 43, 1.

*La madre del Dios verdadero [téotl Dios]* Carl A. Anderson y Mons. Eduardo Chávez, *Our Lady of Guadalupe: Mother of the Civilization of Love* (Doubleday, 2009), 8–9.

La reticencia de Moisés a guiar al pueblo hebreo Éx 3–4; Jer 1, 6; Jon 1, 1–3.

"*El combate de la fe*" *Catecismo*, 2592.

*Doctor of the Church St. John Henry Newman* Meditations 1–2, en *John Henry Newman, Prayers, Verses, and Devotions* (Ignatius, 1989), 338–339.

"Hagan lo que Él les diga" Jn 2, 5.

*Llamados a santificar este mundo* Mc 16, 24; 1 Cor 3, 9; 1 Tes 3, 2; Col 11; *Catecismo*, 307, 2738.

*« Cúmplase en mí lo que me has dicho »* Lc 1, 38.

*«Aquí estoy, Señor; vengo a hacer tu voluntad».* Sal 40, 6–9; Heb 10, 5–7; 1 Sam 3; Mc 14, 36; Jn 4, 34; 6, 38; *Catecismo*, 606–607.

**4 La madre de Jesús estaba allí**

*«Y la madre de Jesús estaba allí»* Jn 2, 1.

*No puede faltar su Hijo* Papa Juan Pablo II, Homilía, Fiesta de Nuestra Señora de Lourdes (11 de febrero de 1980); Heb 13, 8.

*María en la vida de Jesús* Lc 1, 26–38 (Anunciación); Lc 2, 1–7 (Nacimiento en Belén); Lc 2, 22–38 (Presentación); Mt 2, 13–15 (Huida a Egipto); Lc 2, 41–52 (Hallazgo en el Templo); Lc 2, 51–52 (Vida oculta); Mc 6, 1–3; Mt 13, 54–58 (Hijo de María y José); Mt 12, 46–50; Mc 3, 31–35; Lc 8, 19–21; 11, 27–28 (María entre la multitud); Jn 19, 25–27 (al pie de la cruz); Hch 1, 12–14; 2, 1–4 (Pentecostés).

*Aparición a Santiago* Venerable Mary of Agreda, *The Mystical City of God*, 4 vols. (Catholic Way, 2013 [1665]), 4:308–315 (n.º 352–359); Papa Juan Pablo II, Homilía en el acto de consagración mariana de España a Nuestra Señora en la Basílica-Santuario de Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza (6 de noviembre de 1982).

*Nuestra Señora de Guadalupe en Extremadura* Pablo Kay, "Is 'the other Guadalupe' Spain's best-kept Catholic secret?" *Angelus* Angelus (22 de octubre de 2021): 20–22.

*Nuevamente pensamos en el Apocalipsis…* Ap 21, 1–2, 10; Sal 45, 13–15.

*Conception of the Mother of God* Eduardo Chávez, *Our Lady of Guadalupe and Saint Juan Diego: The Historical Evidence* (Rowman & Littlefield, 2006), 65–66.

*La Virgen profetizada por Isaías…* Mt 1, 23; Is 7, 14; Ap 21, 2–5.

*Nueva Eva…* Gén 3, 20.

*La posteridad de Abraham…* Hech 3, 25; Gén 22, 18. Papa Juan Pablo II, Homilía en la Basílica de la Anunciación, Nazaret (25 de marzo de 2000).

*En Jesús ya no hay esclavo o libre…* Gál 3, 26–28; 28; Rom 10,12; Ef 6, 8; Col 3,11.

*San Josemaría Escrivá en Morelos…* Andrés Vázquez de Prada, *The Founder of Opus Dei: The Life of Josemaría Escrivá*, 3 vols. (Scepter, 1997–2002), 3:408–411.

*Maravilla de América…* Miguel Cabrera, *Maravilla americana, y conjunto de raras maravillas, observadas con la dirección de las*

*reglas del arte de la pintura en la prodigiosa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México* (Imprenta del Real y Más Antiguo Colegio de San Ildefonso, 1756), 11-15. Español: "quedando en este divino retrato la pintura jamás antes vista, como de un pincel todo del cielo". Paul Badde, *María of Guadalupe: Shaper of History, Shaper of Hearts* (Ignatius, 2009), 103–104.

*Los científicos han realizado sus propias investigaciones* Anderson y Chávez, Our Lady of Guadalupe, 39–44; José Aste Tonsmann, *Our Lady of Guadalupe's Eyes* (Autoeditado, 2012); *Los ojos de la Virgen de Guadalupe: un estudio por computadora electrónica* (Editorial Diana, 1981), y *El secreto de sus ojos: estudio de los ojos de la Virgen de Guadalupe* (Tercer Milenio, 1998).

*La noche de la fe* Sal 23, 4; *Catecismo*, 165.

*Una belleza sonriente…* Dante, *Paraíso*, Canto 31, 134-135 (traducción de Henry Wadsworth Longfellow); Papa Pío XII, Radio para Mensaje a la Acción Católica Italiana (8 de diciembre de 1953).

*Fray Gerónimo de Mendieta* Chávez, *Our Lady of Guadalupe and Saint Juan Diego*, 65–87; Joseph Julian González y Monique González, *Guadalupe and the Flower World Prophecy: How God Prepared the Americas for Conversion Before the Lady Appeared* (Sophia Institute, 2023), 9–11, 228; Timothy Matovina, "The Origins of the Guadalupe Tradition in Mexico" [La tradición guadalupana en México], *The Catholic Historical Review*, 100:2 (Spring 2014): 243–270, en 254–256.

**5 Hagan que todos la amen**

*La Palabra de Dios debe estar siempre presente* *Pope Benedict XVI with Peter Seewal, Last Testament* (Bloomsbury, 2016), 6.

*La única gloria de nuestra naturaleza mancillada* William Wordsworth, "The Virgin" [La Virgen], en *The Ecclesiastical Sonnets* (Yale University, 1922), 177.

*St. Josemaría Escrivá's novena* Andrés Vázquez de Prada, *The Founder of Opus Dei: The Life of Josemaría Escrivá*, 3 vols. (Scepter, 1997–2002), 1:133–134; 3:408–411. "Our Lady of Guadalupe and St. Josemaria Escrivá" (https://stjosemaria.org/guadalupe/).

*Que no se haga mi voluntad* Lc 22, 42.

*María guardaba todas estas cosas* Lc 2, 19 y 51. Pope John Paul II, *Memory and Identity: Conversations at the Dawn of a Millennium* (Rizzoli, 2005), 147–152.

*La primera parroquia en lo que hoy es Estados Unidos* Timothy Matovina, *Guadalupe and Her Faithful: Latino Catholics in San Antonio, from Colonial Origins to the Present* (Johns Hopkins University, 2005), 4, 12–13, 154.

*Te daré mi vida* Arzobispo Luis María Martínez, *Am I Not Your Mother? Reflections on Our Lady of Guadalupe* (Magnificat, 2023 [1943]); "Apostle of Guadalupe", *Columbia* (May 2022), 14–17.

*Persecution of the Church in Mexico* Conferencia del Episcopado Mexicano, "The Bells of the Churches Fell Silent; Their Blood Spoke: The Memory of Our Martyrs, Religious Freedom, and the Building of Peace," Message One Hundred Years after 1926 (July 31, 2026) [https://chilpancingochilapa.org/mensaje-a-cien-anos-de-aquel-1926-cem/]. Jean A. Meyer, *The Cristero Rebellion: The Mexican People between Church and State, 1926–1929* (Cambridge University, 1976); Cristiada: The Mexican People's War for Religious Liberty (Square One, 2013); Wilfrid Parsons, *Mexican Martyrdom: Firsthand Accounts of the Religious Persecution in Mexico 1926–1935* (Tan, 1936); Archbishop José H. Gómez, "Foreword," in Sister Timothy Marie Kennedy, *In the Face of Darkness: The Heroic Life and Holy Death of Mother Luisita* (Sophia, 2019), xiii–xix; Arzobispo José H. Gómez, "Foreword," en James Murphy, *Saints and Sinners in the Cristero War: Stories of Martyrdom in Mexico* (Ignatius, 2019); Arzobispo José H. Gómez, "Foreword," en Rubén Quezada, *For Greater Glory The True Story of Cristiada: the Cristero War and Mexico's Struggle for Religious Freedom* (Ignatius, 2012).

*Cristo del Intento* Carl A. Anderson and Mons. Eduardo Chávez, *Our Lady of Guadalupe: Mother of the Civilization of Love* (Doubleday, 2009), 25, Paul Badde, *María of Guadalupe: Shaper of History, Shaper of Hearts* (Ignatius, 2009), 115.

*Gran ciudad de arte callejero* Sam Quiñones, *Our Lady of the Angels: The Virgin of Guadalupe on the Walls of Los Angeles* (Angel City, 2026); Heather King, "Mother of LA's streets," *Angelus* (July 10, 2026): 30–31.

*Mother Luisita* María Luisa Josefa del Santísimo Sacramento, Letter 131, en *In Love's Safekeeping: The Letters and Spiritual Writings of Mother Maria Luisa Josefa of the Most Blessed Sacrament*, OCD, 2 vols. (Carmelite Sisters of the Most Sacred Heart of Jesus), 1:235. Arzobispo José H. Gómez, Remarks, Mass for the Reception of the Coadjutor Archbishop (May 26, 2010); Arzobispo José H. Gómez, *For Greater Things You Were Born*, Pastoral Letter on God's Beautiful Plan of Love for Our Lives and Our World (December 25, 2016), 6; Arzobispo José H. Gómez, "Foreword," en Sister Timothy Marie Kennedy, *Unleashing Hope: The Biography of Venerable María Luisa Josefa of the Most Blessed Sacrament* (Sophia, 2022).

*Reina de nuestra nación* Venerable María Luisa Josefa del Santísimo Sacramento, *Letters* 305, 306, 312, en *Love's Safekeeping*, 1:484, 486, 484.

*Una gran multitud de testigos* Heb 12, 1.

*Dios no muere* Javier Olivera Ravasi, "Historia e historias", *Revista Yachay* 35 (2018): 75–139, en pág. 132.

*Nueva revolución industrial* Papa León XIV, *Magnifica Humanitas* ("Magnífica humanidad"), Carta encíclica sobre la salvaguarda de la persona humana en la era de la inteligencia artificial (15 de mayo de 2026), 15.

Papa León XIV sobre Nuestra Señora de Guadalupe Mensaje a los participantes en el "Congreso Teológico-Pastoral" sobre el acontecimiento de Guadalupe en México (5 de febrero de 2026); Mensaje con motivo del XVII Congreso Misionero Nacional de México, Puebla de los Ángeles (3 de noviembre de 2025); Homilía, Santa Misa por la Fiesta de la Santísima Virgen María de Guadalupe, Basílica de San Pedro (12 de diciembre de 2025); Carta a los Obispos de América Latina y el Caribe con motivo del Tercer Centenario de la Canonización de San Toribio de Mogrovejo (8 de septiembre de 2026).

*No se han agotado sus misericordias*, Lm 3, 22.

*El instrumento maravilloso para su conversión* Timothy Matovina, *Theologies of Guadalupe: From the Era of Conquest to Pope Francis* (Oxford, 2019), 95–98, 100; Bartolomé Felipe de Ita y Parra, *Guadalupe in New Spain: Sermons*, 1731–1747, ed. Timothy Matovina (Catholic University of America, 2026).

*Beata María Inés Arias* Juan Esquerda Bifet, *Hacer de la vida un himno: Semblanza biográfica de Madre María Inés-Teresa Arias* (Rome, 1984); www.madremariaines.org/biografia; https://graficoscatolicos.blogspot.com/2009/09/madre-maria-ines-teresa-arias-biografia.html; https://graficoscatolicos.blogspot.com/2009/11/hacer-de-la-vida-un-himno.html.

# Captions and Credits

## NUESTRA FAMILIA DE FE. CONECTADA.

Continúa la jornada más allá de estas páginas. Sigue al arzobispo José H. Gomez, a Angelus News y a LA Catholics para encontrar historias, noticias y reflexiones que nos ayuden a crecer juntos en la fe.

**Síguenos en las redes sociales.**
Conecta con nosotros en Facebook, Instagram y X:
@lacatholics · @angelusnews · @archbishopgomez

**Mira y explora.**
Encuentra nuestros videos más recientes en YouTube en @lacatholics. Explora fotos, videos y noticias sobre celebraciones y eventos en toda la Arquidiócesis de Los Ángeles en **lacatholics.org/gallery**.

**Mantente informado con Angelus News.**
Descubre noticias, historias y comentarios en **angelusnews.com**, y suscríbete a *Always Forward*, nuestro boletín informativo diario y gratuito, en **angelusnews.com/newsletter**.

